

LA NUBE PURPURA

Clark Carrados

CIENCIA FICCION



CLARK CARRADOS

LA NUBE

PÚRPURA

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 443
Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 42.501 – 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: FEBRERO, 1979

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

CAPITULO PRIMERO

En el interior del pequeño submarino, a mil doscientos metros de profundidad, sus dos únicos ocupantes se ufanaban en las operaciones de lectura de instrumentos y control de los registros que obtenían los distintos aparatos de detección y sensores que componían el complicadísimo equipo de exploración submarina.

El aparato, aunque pequeño, era capaz aún para cuatro personas más, sin que por ello se padecieran problemas de espacio. El batiscafo disponía de una reserva propia de aire, suficiente para cuarenta y ocho horas, caso de que se interrumpiera el suministro que llegaba desde el buque nodriza *Henry E. Silverstone,* nombre del mecenas que financiaba la expedición. Para los dos tripulantes del submarino, y también para muchísimas personas más, Silverstone era un chiflado. Aunque poseedor de una cantidad de dinero que escapaba a los cálculos de los más ponderados, quienes sostenían la leona de que la fortuna de Silverstone podía mantener a toda la humanidad sin trabajar durante media docena de años. Y aún sobraría dinero.

El caso era que tanto Steve Curley como Curly Stevens, los dos tripulantes, habían sido contratados con un sueldo principesco v, por supuesto, debido a sus méritos profesionales. Tanto a Curley como a Stevens, los motivos de Silverstone les tenían sin cuidado, aunque deseasen el éxito de las investigaciones que realizaban en aquellos parajes, a unas cinco millas de la costa.

—Pero sólo a un chillado como Silverstone se le podía ocurrir que los restos de la Atlántida estuvieran en estos fondos —dijo Curley de repente.

—Bueno, los indicios conseguidos hasta ahora...

—No son en modo alguno concluyentes, Curly.

Los dos tripulantes del batiscafo eran antagónicamente opuestos en lo físico. Steve Curley era un hombre joven, alto, de anchos hombros y recio y bien proporcionado cuerpo. Curly Stevens era bajito, aunque no enclenque, listo como el hambre y orgulloso del enorme mostacho que adornaba su labio superior y se prolongaba hasta los bordes de la mandíbula inferior. Curley era la acción; Stevens era la reflexión, metódica y calculadora, lo que no le impedía moverse corno un relámpago cuando lo requería la ocasión.

Hacía algunos años que trabajaban juntos y formaban un equipo perfectamente compenetrado, tanto que, pese a sus dispares características físicas, les llamaban los Semigemelos. En el origen del apodo tenía buena

parte los nombres respectivos, opuestos, pero semejantes en la pronunciación. Cuando el profesor Horward, jefe de la expedición arqueológica, empezó a reclutar el personal adecuado, pensó inmediatamente en los Semigemelos para tripulantes del batiscafo que formaba parle del equipo de exploración.

El batiscafo era un aparato sumamente perfeccionado y, aunque en circunstancias normales, estaba unido al barco nodriza por cables de energía, aire y comunicaciones, también podía, en ocasiones, moverse independientemente, merced a los poderosos motores eléctricos, alimentados por acumuladores que le garantizaban una autonomía mínima de veinticuatro horas. Asimismo, el pequeño submarino estaba provisto de potentes reflectores que barrían las tinieblas del fondo submarino en una gran extensión, y de un par de cámaras de televisión que enviaban a la superficie las imágenes del fondo.

Cuando el submarino se desplazaba en un sentido u otro, el buque nodriza le seguía puntualmente. Por el momento, sin embargo, y a pesar de que ya llevaban dos semanas de exploración, no habían conseguido encontrar la menor huella de aquella fabulosa civilización hundida en el Atlántico miles de años antes.

—Esto es una pérdida de tiempo y de dinero —gruñó Stevens, descontento de la inutilidad de sus esfuerzos hasta el momento presente.

—Bueno, Silverstone paga —dijo Steve.

—Paga, paga... —refunfuñó Stevens—. Con eso no se arregla todo, Steve. A Silverstone le exudan los dólares por todos los poros de su cuerpo. Aquí se está gastando un montón de millones, cuando en todo el mundo hacen falta escuelas, hospitales, centros de instrucción y de investigación científica... ¡Qué diablos me importa a mí lo que pudiera pasar aquí hace diez o quince mil años! ¿En? Si aún hubiese dicho que esta exploración servía para encontrar nuevos yacimientos de minerales necesarios... Pero no; lo que quiere es encontrar unos montones de piedras que no tienen ningún maldito valor...

—No te sulfures, compadre —dijo Curley bonachonamente—. Ninguna de tus quejas servirá para modificar los proyectos de Silverstone. Y, ¿quién sabe?, si llegásemos a encontrar las ruinas de la Atlántida, podríamos convertirnos en unos personajes famosos.

—La fama importa un rábano...

Una voz interrumpió súbitamente al quejumbroso Stevens.

—Eh, los de abajo. ¿Cómo va la cosa?

—Perfectamente. Estamos viendo unas bailarinas momificadas, que debieron de ser guapísimas —contestó Stevens con sorna.

—Menos bromas —dijo ásperamente el profesor Horward—. ¿Se ve o no se ve algo interesante? Porque si no se ve nada, será cosa de empezar a pensar en buscar en otra cuadrícula distinta.

—Profesor —intervino Curley—, déjenos todavía media hora más. Siga el mismo rumbo, por favor. Si en treinta minutos no hemos visto nada, avisaremos para subir a la superficie.

—Está bien, de acuerdo.

De repente, se oyó un agudo grito a través del altoparlante :

—¡Eh, la nube!

—¿Qué es eso? —chilló otro.

—¡La nube roja, la nube roja! —gritaron varios a la vez en la cubierta de operaciones del barco.

Curley y su compañero cambiaron una mirada de alarma.

—¿Qué diablos pasará allá arriba? —murmuró Stevens.

—Tendríamos que preguntarles...

Los gritos eran cada vez más alarmantes. Curley agarró el micrófono y llamó:

—¡Profesor! ¡Profesor Horward! Una voz de tonos agónicos contestó:

—Es... la nube... ruja... Todos estamos... muriendo... a bordo... Es algo horripilante...

Horward calló de súbito. Los gritos cesaron muy pronto. En el batiscafo se había hecho repentinamente un ominoso silencio.

—¡Dios mío! —murmuró Curley—. ¿Qué habrá pasado allá arriba?,

Stevens se mordía los labios furiosamente.

—Hace algún tiempo, ciertos astrónomos hablaron de una nube roja que se acercaba a la Tierra, una especie de gas estelar muy tenue, visible solamente

en determinadas condiciones. Los estudios previos determinaron que no habría peligro en el caso de que la Tierra atravesara esa nube roja, como no lo hay en el caso de que sea alcanzada por la cola de un cometa. Hubo quien afirmó, incluso, que era un cometa «frío»..., pero si alguien dijo que no había peligro, se equivocó de medio a medio.

Curley asintió.

—Lo recuerdo —contestó. Conectó el televisor. La pantalla aparecía en blanco, sin ninguna imagen que pudiera darles una pista sobre lo que había ocurrido en el barco. Seguramente, pensó, alguien había cortado la transmisión involuntariamente.

—Deberíamos subir.. —propuso Stevens, pero Curley extendió una mano.

—Aguarda —exclamó—. El profesor dijo que todos se estaban muriendo. No podemos arriesgarnos a aflorar a la superficie tan pronto.

—Sí, es cierto, aunque... ¿hasta cuándo hemos de permanecer sumergidos, Steve?

Los ojos del aludido fueron hacia los controles de atmósfera.

—Arriba sigue funcionando el compresor —dijo—. Eso nos concede muchas horas de tiempo...

Apenas había terminado de hablar, se oyó un chasquido. La aguja indicadora cayó bruscamente. Sonó otro chasquido.

—El compresor se ha parado. La bomba de aire del batiscafo se ha conectado automáticamente —anunció Curley.

Stevens consultó su reloj de pulsera.

—Son las nueve y treinta de la mañana. Disponemos de aire suficiente para cuarenta y ocho horas. ¿Y después?

—Podemos hacer una cosa —sugirió el joven—. Vamos a desconectar todos los cables de alimentación, ya que se puede hacer desde aquí abajo. Luego nos separaremos unos metros, para evitar que se enreden en el batiscafo, y ascenderemos hasta la superficie. Exploraremos por medio del periscopio, sin necesidad de abrir la escotilla. Según lo que veamos, tomaremos una decisión. ¿Te parece bien, Curly?

Stevens asintió.

—En realidad, es lo único que podemos hacer —respondió.

* * *

El batiscafo tenía forma de cigarro puro, bastante rechoncho, con una pequeña cúpula en la parte central superior. Aquel aparato no requería velocidad, sino resistencia y eficacia en las inmersiones. Aparte de que en la cúpula había cuatro «ojos de buey», para explorar visualmente en todas direcciones, se disponía asimismo de un periscopio, como elemento suplementario de observación. Con la cúpula a tres metros de la superficie, Curley sacó el periscopio y lo hizo girar hasta enfocar la imagen del *Silverstone,* fondeado a un par de cables de distancia.

El periscopio, además, ¡levaba acoplado un objetivo de televisión, con «zoom» accionado por control remoto. Las imágenes que captaba el objetivo se reflejaron de inmediato, y con absoluta nitidez, en una pantalla situada en uno de los paneles del batiscafo.

Curley miraba directamente a través del ocular del periscopio. Stevens tenía la vista fija en la pantalla de televisión.

El barco se balanceaba suavemente sobre un mar casi espejeante, cuya superficie tenía un tono rojo realmente siniestro. Curley casi se mareó al contemplar aquel espectáculo.

Largos chorros de una sustancia roja se desprendían de la cubierta del buque por las imbornales y caían lentamente al agua. Parecía un jarabe, no demasiado espeso, sin embargo, que cubría asimismo cualquier punto que estuviese en el exterior. El mar tenía un aspecto oleaginoso verdaderamente repulsivo.

Stevens se sintió terriblemente impresionado al contemplar aquel espectáculo. Aunque estaba severamente prohibido, él siempre tenía a mano un frasquito con licor.

—Steve, necesito un trago —jadeó.

—Deja algo para mí —pidió el joven, sin quitar el ojo derecho del ocular del periscopio.

A bordo, pensó, habrían muerto todos. El profesor Howard, la doctora Kelvin; la encantadora Sissy Logan, el más eficaz sobrecargo que nunca había conocido y la única mujer que le había hecho pensar en abandonar su soltería; el gruñón, pero eficiente capitán Brown..., los técnicos, marineros... En aquellos momentos, se dijo lúgubremente, el *Henry E. Silverstone* era un

ataúd flotante. Había demasiadas aberturas en el casco, puertas, escotillas, ¿ojos de buey», para que el misterioso liquido rojo no hubiese llegado hasta el pantoque de la nave.

Y antes de ser líquido, especuló, era un gas que procedía... ¿de dónde?

Una mano le tocó en el hombro. —Bebe, compadre —dijo Stevens. Curley tomó un trago, aunque por ello no se sintió más reconfortado. Sin embargo, y puesto que ellos, al menos, estaban vivos, debían hacer todos los posibles por seguir viviendo.

—Tendremos que aguardar cuarenta y ocho horas encerrados —dijo, pasados unos momentos.

—Además del aire para la respiración, contamos con el que utilizamos para vaciar los lastres —le recordó Stevens—. Será una operación algo complicada, pero puede darnos veinticuatro horas o más de... de vida —añadió, tragando saliva.

—Sí, es cierto, aunque tengo la impresión de que esa sustancia acabará por disolverse en el mar. La atmósfera parece razonablemente limpia. Esto nos da ciertas esperanzas, ¿no crees, socio?

—Tres días —murmuró Stevens—. Luego, sea como fuere, tendremos que salir a la superficie.

Aplicó el ojo al periscopio. A través del objetivo, divisó el cuerpo de un hombre caído en la cubierta. Un brazo colgaba fuera y se movía al compás de las oscilaciones del navío.

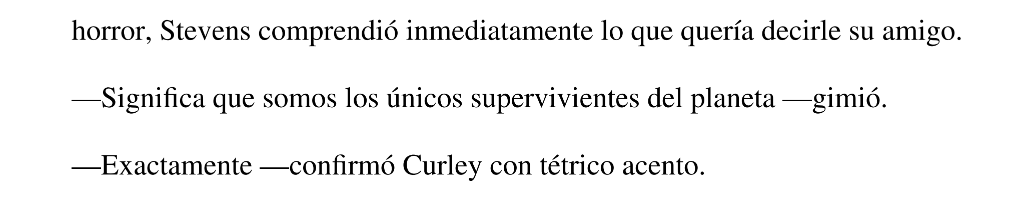
De repente, Curley sintió que se le erizaban los cabellos.

—Socio... esa nube roja era lo suficientemente grande como para que la Tierra pasara a su través... Englobaría completamente el planeta, ¿no es cierto?

—Sí, eso dijeron los científicos, aunque aseguraron que no había el menor peligro. ¡Científicos! —dijo Stevens despectivamente—. Llámalos mejor poceros con diploma...

—Curly, en estos momentos, las equivocaciones de los científicos me importan un rábano —exclamó el joven—. Porque si la Tierra fue englobada totalmente por la nube roja y ésta ha causado en todas partes los mismos electos que en el barco, entonces. . eso... significa...

Curley no se atrevía a expresar sus pensamientos con palabras. Helado de



horror, Stevens comprendió inmediatamente lo que quería decirle su amigo.

—Significa que somos los únicos supervivientes del planeta —gimió.

—Exactamente —confirmó Curley con tétrico acento.

CAPITULO 11

Lenta, suavemente, el batiscafo afloró a la superficie.

El mar se veía tranquilo, azul sin la menor señal de la misteriosa sustancia que lo había enrojecido tres días antes. Con la mano en la rueda de apertura de la escotilla, Curley miró a su amigo.

—Disponernos de oxígeno para treinta minutos coma máximo —declaró Stevens—. Si queda todavía fuera alguna sustancia tóxica, no se irá precisamente en media hora.

—Sí, tienes razón —convino Curley.

Y abrió la escotilla.

Un chorro de aire fresco y vivificante, que olía a yodo y sales marinas, irrumpió de golpe en la torreta. Stevens se llenó los pulmones de aquel aire puro y fresco con grandes inspiraciones.

—Esto ya es otra cosa —exclamó—. Estaba harto de olor a aceite y grasa y desinfectante...

Curley trepó al exterior y se situó en la pequeña cubierta de proa del batiscafo. El buque nodriza se balanceaba a menos de medio cable.

—Acércate lentamente, Curly —pidió.

Stevens accionó el motor propulsor horizontal del sumergible, siguiendo las indicaciones de su compañero. La escala de gato colgaba del costado de estribor del buque.

De pronto, Curley frunció el ceño.

—¡Curly! —llamó.

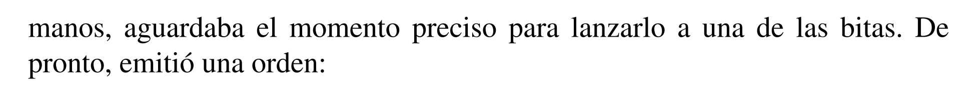
—Dime, socio —contestó el otro desde el puesto de control.

—Cuando afloramos hace tres días, pudimos ver a un tripulante en la cubierta, con el brazo colgando fuera, ¿no es así?

—Sí, y me pareció que era Chick Ouray, aunque no podría jurarlo. ¿Qué es lo que pasa?

—El hombre ya no está tumbado en la cubierta.

Stevens lanzó un sordo juramento. Curley, con el cabo de amarre en las


manos, aguardaba el momento preciso para lanzarlo a una de las bitas. De pronto, emitió una orden:

—¡Curly, veinte a estribor! Después, para la máquina.

—Enterado, socio.

Con absoluta suavidad, el submarino se situó al costado del buque nodriza. Curley lanzó la amarra e, inmediatamente, saltó a la escala.

—¡Listo. Curly!

El joven trepó rápidamente a la cubierta, despreocupándose va del sumergible. Stevens le siguió segundos más tarde. Antes de hacer otra cosa, se preocuparon de fijar bien las amarras. Terminada la operación, miraron estupefactos a su alrededor.

En el barco reinaba un silencio profundísimo. No se oía ningún sonido, ni siquiera el de los motores auxiliares. Pero lo más asombroso era que no se divisaba ningún cuerpo humano.

La cubierta aparecía completamente desierta. En el puente, no había nadie.

Los dos amigos se sentían aterrados.

—¿Qué ha pasado aquí? —exclamó Stevens.

—Quizá los que quedaron arriba estaban solamente desvanecidos y pudieron despertar unos instantes, para buscar refugio en el interior del barco —apuntó Curley—. De otro modo, no se explica que no haya nadie a la vista.

El suelo, observó, estaba absolutamente limpio de aquella sustancia sinuosa de color rojo. En todo cuanto quedaba a la vista, no se advertía el menor lastro de aquel misterioso líquido, cuyo origen les resultaba absolutamente desconocido.

Pero la subsiguiente exploración del barco, les hizo desechar sus últimas esperanzas. A borde del *Henry E. Silverstone* no quedaba un solo ser viviente, ni aun «Dett», el gato del cocinero.

—Este barco no es ni siquiera un ataúd volante —dijo Curley desanimadamente.

Se habrán marchado todos —supuso su compañero.

—¿Dónde? ¿Con qué? Mira los pescantes: sostienen los botes de salvamento.


No falta siquiera una sola balsa, ni tampoco la motora particular del profesor.

—¿Un avión tal vez?

—¿Se habrían marchado todos, sin dejarnos siquiera una nota comunicándonos su decisión? ¿Por qué no intentaron subirnos con el cabrestante por el cable de remolque...? No, aquí ha sucedido algo terrible, algo de lo que no tenemos la menor idea, Curly. Pero si en el *Silverstone* han desaparecido todos, también ha podido pasar lo mismo en el resto del planeta.

—¿Quieres decir que... diez mil millones de seres humanos, más todos los cientos de miles de millones de animales con todas clases... no son más que humo? —exclamó Stevens consternadamente.

—No lo sé, aunque mi opinión es que deberíamos llevar el barco a la costa. El batiscafo puede seguirnos a remolque. Aquí, desde luego, y parados, no hacemos nada que valga la pena.

—Está bien. Steve, ve al puente. Yo pondré en marcha las máquinas, luego arreglaremos el cabo de remolque para el batiscafo.

—De acuerdo.

Curley trepó ágilmente por la escala que conducía al puente. Levantó el teléfono y aguardó unos segundos.

—¡Curly! —llamó, impaciente, en vista de que su amigo no le notificaba su llegada a la sala de máquinas.

Pero Stevens no contestó. Curley insistió unas cuantas veces, sin conseguir el menor resultado práctico.

Cuando se disponía a bajar a la sala de máquinas, vio a Stevens que aparecía con la cara cenicienta.

—¡Steve! No hay un amperio de corriente a bordo. Las máquinas no arrancan. El teléfono no funciona tampoco. Me he hartado de llamarte, pero tú no contestabas...

—Lo mismo me pasó a mí —dijo el joven—. ¿Por qué no probamos la radio?

Stevens aceptó la sugerencia de inmediato. Pero en muy pocos segundos se convenció de que la radio no funcionaría por falta de corriente eléctrica. Probó con la emisora de emergencia, movida por baterías, pero el resultado fue igualmente negativo.

—¡ Este barco está completamente muerto, Steve...! —exclamó, furioso.

—Bien —dijo Curley, algo más sereno—. Por lo menos, nuestro submarino funcionaba, aunque ya no quede demasiada reserva en las baterías. .Pero con él podremos llegar a la costa... y tratar de averiguar lo que ha sucedido.

Stevens se volvió. El pequeño pueblo costero de San Raimundo, que había sido su base de operaciones y suministros, aparecía cubierto por una tenue bruma que impedía ver el conjunto de las casas blancas y los tejados rojos.

—Está bien, nos iremos en el batiscafo y...

De repente, notó que el suelo cedía bajo sus pies.

—¡Steve! —chilló, a la vez que manoteaba frenéticamente.

Atónito, Curley bajó la vista. La cubierta parecía perder consistencia, y lo mismo sucedía con la superestructura del barco. Los dos mástiles, el puente, la chimenea, los botes de salvamento..., todo parecía convertirse en una sustancia que ya no podía sostener el peso de sus cuerpos.

En pocos segundos, el *Henry E, Silverstone* se convirtió en un auténtico buque fantasma. Era sólo un humo gris que, antes de un minuto, se deshizo en la atmósfera.

Y entonces, los dos amigos se encontraron bracean do en las aguas del océano para mantenerse a flote.

* * *

Chorreando líquido por todos los poros de su cuerpo, Steve Curley alcanzó el costado del batiscafo y logró izarse hasta la cubierta. Inexplicablemente, los cabos de amarre se mantenían en su puesto. Agarró uno y se lo lanzó a su compañero, pésimo nadador, para evitarle esfuerzos innecesarios. Stevens se dejó caer sobre el casco, jadeante y sin aliento, completamente desmoralizado.

En pie, sin cuidarse de sus ropas empapadas todavía, Curley paseó la vista a su alrededor. El buque nodriza había desaparecido absolutamente. Estaban solos.

—Necesito un trago... —se lamentó Stevens.

—Déjale ahora de tonterías —dijo el joven con aspereza—. Un poco de licor no arreglará en absoluto la situación en que nos encontramos. Lo que interesa

ahora es ir a San Raimundo y tratar de averiguar qué es lo que ha sucedido. Baja al puesto de control y averigua qué carga les queda a nuestras baterías,

Stevens empezó a recobrarse. Curley quedó fuera, contemplando pensativamente el panorama que les rodeaba.

—¿Qué ha sucedido aquí? ¿Cuál es el enigma de lodo lo que ha pasado? —murmuró a inedia voz, como si hablase consigo mismo.

De pronto, Stevens lanzó un grito:

—¡Curly, podemos llegar a la costa sin dificultades, a cinco nudos de máxima!

— Está bien, arranca de inmediato. Pon dos puntos a estribor. Eso bastará por el momento. Luego pueden fijar el timón.

—Enterado.

El batiscafo empezó a moverse sin dificultades sobre la superficie de las aguas. Stevens asomó a poco en la cubierta.

—En el barco no había corriente ni para encender una lámpara de noche. Aquí tenemos... la que queda después de consumida en las maniobras. *¿Por* qué, Steve?

—Lo siento, pero no puedo contestar a esa pregunta —dijo Curley gravemente—. Hemos sido víctimas, pero, sobre todo, los que estaban en la superficie, de un extraño fenómeno, para el que no tenemos explicación posible. Quizá lleguemos a saberlo en tierra. .En fin, dentro de una hora, más o menos, saldremos de dudas. Stevens se ocultó la cabeza con las manos durante unos momentos.

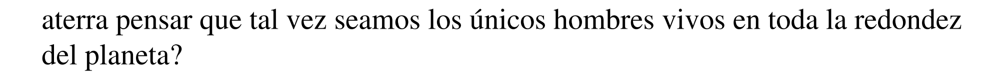
—Pero todos han desaparecido... El barco se convirtió en humo. Steve, amigo mío, ¿estamos despiertos o soñamos?

—Desgraciadamente, estamos despiertos —respondió Curley sombríamente—. En medio de todo, sin embargo, tenemos una gran ventaja sobre los demás.

—¿Cuál es esa ventaja? Yo no veo ninguna, Steve. —Estamos vivos, Curly.

Hubo un instante de silencio. Luego, Stevens hizo una profunda inspiración.

—Estamos vivos, sí, y debemos dar gracias a Dios por ello, pero... ¿no te



aterra pensar que tal vez seamos los únicos hombres vivos en toda la redondez del planeta?

—Quizá has dicho algo exagerado, Curly.

—¿Cómo? Yo creo que...

—Escucha un momento, socio. ¿Por qué estamos vivos nosotros? Nos encontrábamos a mil doscientos metros de profundidad cuando llegó la nube roja. Además, tuvimos la precaución de dejar pasar tres días antes de respirar una atmósfera que va, seguramente, ha dejado de estar contaminada. En todo el planeta hay muchos hombres y aun mujeres, que trabajan o hacen cosas bajo tierra, en lugares protegidos, cerrados, con aislamiento hermético... Es cuestión de tiempo que demos con alguno de nuestros semejantes vivos... y ellos los supervivientes también, buscarán también a otros supervivientes... Tarde o temprano, acabaremos por encontrar a personas vivas. Y animales también, desde luego.

Algo más animado por los argumentos de su amigo, Stevens, que pese a su escasa corpulencia era hombre de gran apetito, se frotó el estómago.

—Sobre todo, conejos, corderos, gallinas... En confianza, Steve; empiezo a estar harto de latas de conserva.

—¿De veras? Aunque sea cierto, convendría que echases un vistazo a la despensa. Y, por si acaso, empieza a pensar en la posibilidad de racionar los víveres.

—El batiscafo puede transportar sin dificultad a seis personas —alegó Stevens—, Para casos de emergencia, la despensa contiene siempre víveres para esas seis personas v durante cuarenta y ocho horas. Hemos estado tres días sumergidos y sólo somos dos, de modo que echa la cuenta de lo víveres que quedan.

—A pesar de todo, insisto en no hacer excesos con la comida que nos queda. El futuro se nos presenta muy incierto, Curly.

—El planeta es grande, rico... Le quedan recursos sobrados para alimentarnos de sobra... En San Raimundo hay un supermercado magníficamente provisto. No nos tallará la comida, créeme.

—De San Raimundo quería hablarte precisamente, socio.

—¿Por qué? Está... ahí... a la vi...vista...

Stevens sintió que la mandíbula se le aflojaba bruscamente.

—¡Dios mío! —exclamó—. El pueblo... ¡también ha desaparecido de la faz de la Tierra!

—Justamente —confirmó Curley.

CAPITULO III

—Esto no es posible —dijo Stevens media hora más tarde. Estaba a punto de echarse a llorar—. Hemos ido a parar a otro lugar de la costa. Un pueblo con mil cuatrocientos habitantes y un montón de barcas de pesca y recreo para los turistas, no desaparece de la noche a la mañana. Socio, hemos equivocado el rumbo...

Curley tendió la mano hacia un punto situado a su derecha.

—Cabo Rugoso —señaló—. ¿Lo reconoces?

Stevens tragó saliva y movió la cabeza afirmativamente.

—Y a nuestra izquierda, Punta Sabina, con los cuatro islotes que son su característica más importante; los que siempre aparecen en todas las postales turísticas. La playa está ahí, trente a nosotros, un poco menos extensa, quizá, pero es debido sin duda a que hay una vegetación que está en el lugar que antes ocupaba San Raimundo.

—No entiendo absolutamente nada —murmuró Stevens—. ¿Por qué un barco entero se convierte en humo, con todos sus tripulantes, y lo mismo sucede con este pueblo, tan lleno de movimiento hace solamente tres días? ¿Hay algo que pueda explicar estos fenómenos, socio?

—No —respondió Curley—. Al menos, yo, de momento, me siento incapaz. Pero lo mejor que podríamos hacer ahora sería ocuparnos de fondear el submarino en un lugar seguro.

—Si no lo embarrancamos en la playa... Dejarlo anclado tal vez no nos convenga; quedaría demasiado lejos...

—A bordo hay una pequeña balsa neumática con capacidad para dos personas. Es preferible que dejemos anclado el batiscafo, por lo menos, puede servirnos de alojamiento, ya que no sabemos qué encontraremos en tierra firme. —Curley meneó la cabeza—. Tengo la impresión de que esa nube roja ha trastocado todo de una forma que no podemos imaginarnos siquiera.

—Bien, como quieras —dijo Stevens. —Y volvió al interior de batiscafo, a fin de preparar la balsa neumática.

El pequeño sumergible quedó a tres cables de la costa. A bordo, lógicamente, no había armas, aunque Curley se proveyó de un pequeño cuchillo. Stevens tenía una navaja no demasiado grande y ese era todo el equipo ofensivo y

defensivo de los dos amigos.

Lentamente, fueron acercándose a la playa. Desde la selva circundante, llegaban ruidos: cantos de pájaros y gruñidos de animales. Curley frunció el ceño; a primera vista, algunas de las especies vegetales le resultaban desconocidas.

La proa de la balsa rozó la arena. Curley fue el primero en saltar. Agarró el cabo y lo sostuvo, hasta que su compañero Hubo puesto también el pie en suelo firme. Luego arrastraron la embarcación, a fin de evitar que fuese arrastrada por el oleaje, en un súbito e inesperado empeoramiento del tiempo.

Terminada la operación, Curley se plantó frente al bosque, con las manos en los costados.

—Y aquí estaba San Raimundo —murmuró. —Socio, no es posible que un pueblo entero se haya convertido en humo. Había mucha gente, nativos, turistas... al otro lado había un estacionamiento para toda clase de vehículos. Ahí, a la derecha, estaba la carretera que conducía al interior del país...

—Todas esas cosas ya no están y debemos empezar a pensar en olvidarlas —dijo Curley sensatamente—. Por lo que a mí respecta personalmente, el interés se debe centrar en nuestra propia supervivencia. Si conoces alguna solución mejor, dímela, Curly.

Stevens sacudió vigorosamente la cabeza.

—No —admitió—. Pero, dime. ¿Por dónde empezamos?

Curley vaciló un momento.

—Primero haremos una exploración corta de los alrededores. Si no encontramos nada, volveremos a pernoctar en el batiscafo; es un lugar completamente seguro. Luego sería cosa de cargar provisiones y caminar hacia el norte, que es de donde vinimos. También convendría que hiciésemos otra cosa antes de abandonar definitivamente el batiscafo.

—¿Qué, socio?

—Armas. Tú sólo tienes un cortaplumas y yo un cuchillo que no asustaría a un cordero. Hay árboles, ramas rectas, en el batiscafo disponemos de algunos materiales... podríamos construir, al menos, un par de buenos venablos. Eso da mucha tranquilidad, ¿comprendes?

Stevens asintió.

—Vamos, socio, no perdamos tiempo —exclamó, a la vez que rompía la marcha decididamente.

Al atardecer, cansados y desmoralizados, regresaron al batiscafo.

Habían descrito un círculo en torno al lugar donde estuviera San Raimundo, de unos ocho kilómetros de radio. En ningún momento habían encontrado el menor signo de vida humana.

Después de asearse un poco, se sentaron en el diminuto comedor del batiscafo. A pesar de sus preocupaciones, sentían apetito y despacharon la cena en pocos minutos. Al terminar, Stevens, inesperadamente, dijo:

—Steve, ¿y si esa nube roja hubiera producido una inversión total de los factores físicos de nuestro planeta? Me refiero a toda clase de factores: climáticos, ambientales, de vida animal y vegetal... Vamos, una transformación absoluta, no sé si me entiendes.

—Te entiendo perfectamente —contestó Curley—. Yo pienso en algo parecido, pero, al mismo tiempo, distinto.

—A ver, explícate. —Lo que has dicho es perfectamente razonable, pero, en todo caso, esas transformaciones son debidas a una modificación del *status* temporal en que vivíamos.

Stevens abrió la boca desmesuradamente.

—¿Quieres decir... que no estamos en nuestra época?

Curley asintió con lentos movimientos de cabeza.

—Eso es lo que quiero decir, socio —contestó.

—Pero, entonces, ¿en qué año estamos? —clamó Stevens, aterrado, porque se daba cuenta de que la hipótesis expuesta por su amigo se aproximaba enormemente a la realidad.

—Mejor que año, di época; y si hay algo que todavía no puedo afirmar es si hemos avanzado o retrocedido en el tiempo.

—Es decir, no sabemos si estamos en el futuro o hemos vuelto al pasado.

—Exactamente.

Hubo un instante de silencio. Luego, Stevens dijo:

—Tenemos que fabricar las armas inmediatamente. Hemos de emprender la marcha cuanto antes. —Lanzó un juramento—. Ya tengo ganas de saber si he vuelto a la Edad de Piedra o estoy en una época de supercivilización.

Curley sonrió.

—No tardaremos mucho en despejar esa incógnita

—aseguró.

* * *

Tres días más tarde, estaban dispuestos para la marcha. Con las herramientas de a bordo, se habían construido unos sólidos venablos, armados de sendas hojas de acero, muy puntiagudas y con el lilo de una navaja de afeitar. En sendas bolsas llevaban sus últimas provisiones, además de algunos elementos de cura. Lo único que no tenían eran ropas de repuesto, salvo un par de chaquetones,, que podrían abrigarles en caso de una baja de temperatura inesperada.

Para cubrirse la cabeza utilizaban sendas gorrillas tipo *baseball.* Stevens había hablado de fabricar un arco y flechas, pero Curley se opuso por el momento, debido a que no debían perder ya más tiempo.

La escotilla del batiscafo quedó sólidamente trincada. La balsa fue deshinchada y oculta bajo unos arbustos, junto con una bomba de hinchado manual. Curley no se sentía demasiado optimista con respecto a la suerte del batiscafo. A pesar de que habían reforzado las amarras, incluso colocando grandes piedras a modo de anclas, el aparato padecería cuando viniese el mal tiempo.

—O se lo llevará algún temporal —musitó.

—¿Estamos? —dijo Stevens de pronto.

—Sí, vamos ya.

Iniciaron la marcha, caminando a lo largo de la cosía. La conocían bastante bien y advertían en su trazado puntos relativamente fáciles de identificar. Los animales que encontraban a su paso, pequeños y mansos, huían al advertir su presencia.

A mediodía, Stevens lanzó su venablo contra lo que parecía un pequeño cerdo. La bestia cayó, chillando ruidosamente. Stevens la remató prestamente.

—Bueno, ya tenemos algo para variar el menú —exclamó, satisfecho.

Abundaban los frutales silvestres, lo cual hacía que Curley se sintiera más optimista. Al menos, no perecerían de inanición, se dijo.

Comieron unos buenos trozos de carne asada y se sintieron mejor. Luego reanudaron la marcha.

Al atardecer, avistaron una pequeña cadena de colinas que seguía una dirección perpendicular a la costa. Después de franquearla por el punto más cercano a la playa, se detuvieron y contemplaron la gran llanura que se extendía ante ellos.

—Bien —dijo Stevens, tras un largo silencio—. En esta planicie, si no me engaño, había una ciudad bastante importante.

—Villagrande —puntualizó Curley.

—Y no se ve el menor rastro de las casas ni sus habitantes. Socio, ¿estamos de veras en la Tierra?

Curley señaló a las alturas.

—Ahí tienes el sol —exclamó—. Anoche, la luna entró en creciente. ¿Puedes dudar que este es nuestro planeta?

Stevens hizo un gesto de aquiescencia.

—Daría algo por saber en qué época estarnos —dijo.

—No tienes nada para dar, socio. Si mis cuentas son exactas, hoy hemos recorrido casi Veinticinco kilómetros y no somos hombres precisamente acostumbrados a caminar—, Se descolgó la bolsa del hombro—. Propongo tomar un bocado y tumbarnos a dormir.

—Sí, será lo mejor.

La noche transcurrió apaciblemente. Al día siguiente reanudaron la marcha, venciendo valerosamente las agujetas producidas por la caminata de la víspera. Curley pensó que pronto se habituarían a aquel ejercicio que tan poco habían practicado. En una semana, sus músculos, sobre todo, los de las piernas, habrían adquirido la fortaleza de que ahora carecían. Estaban volviendo a la vida primitiva, en la que lo primordial era la lucha por la supervivencia.

Pero si aquel inexplicable traslado a otra época se había hecho realidad, ¿estaban condenados a vivir siempre en un tiempo que no era el suyo?

Transcurridos dos días, todo seguía igual. No había el menor rastro de seres vivientes humanos, aunque sí encontraban abundancia de animales de todas clases. Al menos, tenían seguro el alimento.

En el equipo llevaban un par de cartas náuticas, por medio de las cuales podían localizar distintos puntos de la costa. Ninguna de las poblaciones señaladas en las cartas estaba en el sitio en que debiera haber ocupado. Incluso, en algunos lugares, se apreciaban ciertas alteraciones del contorno costero. Curley encontró un par de islotes no señalados en las cartas; dos cabos o promontorios, por lo menos, se adentraban en el mar algunos cientos de metros más de lo que marcaban los mapas. Curley empezó a pensar en que la alteración temporal había sido de retroceso. Y no cabía hablar de siglos, sino quizá, de miles de años. No obstante, guardó sus descubrimientos para sí a fin de no provocar la desmoralización de su compañero.

Al cuarto día de marcha, habían cubierto, calculó, un centenar de kilómetros. De repente, cuando menos lo esperaban, oyeron un horrísono trompeteo, seguido de un espantoso rugido.

—¡Diablos! ¿Qué es eso, socio?

Curley estudió con la vista un enorme árbol que tenían a poca .distancia. El trompeteo y los rugidos continuaban oyéndose, con distintas alternativas y, según parecía, cada vez más cerca.

—Socio, lo mejor será que busquemos un refugio.

—Sí, pero ¿dónde? Esto es tan liso como la palma de la mano...

Curley empezó a desenrollar la cuerda que, a prevención, llevaba en torno a la cintura.

—Hagamos como los hombres de la Edad de Piedra —dijo.

La cuerda estaba provista de un pequeño gancho, que se aferró a una rama situada a unos cinco metros del sucio. Curley trepó primero y, tras afirmar los pies, tirú^4c_ la soga e izó a su compañero. Luego subieron a otras ramas más altas, hasta quedar a unos diez metros del suelo.

Apenas se habían puesto a salvo, cuando se produjo una escena que les hizo dudar de la integridad de sus sentidos.

CAPITULO IV

Rompiendo matorrales y pequeños árboles, un monstruoso animal apareció de repente en el claro. A primera vista, era un elefante, ya que poseía todas sus características, salvo por el hecho de tener los colmillos curvados hacia abajo. Las bestias que le perseguían, de piel rayada en amarillo y negro, eran de enormes dimensiones. Ninguna de aquellas fieras medía menos de cuatro metros del hocico al extremo de la cola. Su alzada era aproximadamente de un metro. Los colmillos inferiores sobresalían no menos de veinte centímetros.

El proboscidio se defendía desesperadamente con tremendos golpes de su trompa. Los felinos intentaban atacarle por detrás, pero cada vez que uno de ellos saltaba a su lomo, el gigante lo despedía de un terrible trompazo.

—Megaterios... Tigres «dientes de sable»... —exclamó

Curley, estupefacto.

—Esos bichos... vivieron hace millones de años —dijo Stevens, no menos pasmado que su compañero.

De repente, el proboscidio agarró a uno de los felinos con su trompa, que enroscó en torno a la parte media de su cuerpo. El tigre pateaba desesperadamente, pero no pudo evitar que la trompa le condujera inexorablemente hacia los colmillos. Dos golpes, secos, muy seguidos, acabaron en el acto con la frenética resistencia de la fiera.

Los otros tigres, evidentemente impresionados, se retiraron gruñendo amenazadoramente. El megaterio dejó caer al suelo el cadáver de su víctima y luego lo pateó enfurecidamente, hasta convertirlo en una repugnante pulpa sanguinolenta. Al terminar, levantó la trompa y emitió un agudo berrido de victoria.

Los tigres de dientes de sable habían desaparecido de la escena. El paquidermo, después de varios trompeteos victoriosos, acabó por abandonar aquel lugar.

Al cabo de un rato, Stevens se volvió hacia su compañero.

—Steve, creo que hemos ido al pasado mucho más lejos de lo que esperábamos —dijo.

—Los tigres de dientes de sable vivieron entre veinte y treinta mil años atrás

—contestó Curley—. El megaterio es muy anterior, por supuesto; pero no se podría asegurar o negar que algunos ejemplares sobrevivieran hasta épocas más recientes. De todos modos, tengo la impresión de que estas bestias que hemos visto son los últimos ejemplares de su especie.

—Ya es casualidad, con los miles de millones de kilómetros cuadrados que tiene la superficie del planeta y tropezamos con el último megaterio y la última manada de tigres «dientes de sable» —comentó Stevens sarcásticamente.

—Creo que no me has entendido bien, socio. Probablemente, habrá más, muchos más, pero lo que yo quise decir realmente, es que son especies animales en vías de extinción.

—De todos modos, no me gustaría tropezarme con uno de esos gatitos, Steve.

—Si no tienen hambre, y abundan oíros animales ton los que pueden alimentarse fácilmente, no nos harán nada.

—Atacaron a ese paquidermo...

—Quizá el megaterio hizo algo que les enfureció. El instinto de un felino le hace saber que no puede con la gruesa piel de ese paquidermo. Inevitablemente, todos los animales carnívoros buscan siempre la forma más fácil de alimentarse. Tal vez lúe una pelea motivada por la invasión de lo que ellos estimaban su territorio. El caso es que ahora sí sabemos con absoluta certidumbre que hemos retrocedido unos cuantos miles de años.

—¿Y no volveremos nunca a nuestra época? —preguntó Stevens acongojadámente.

Curley se encogió de hombros.

—Lo siento, no hay respuesta —dijo.

* * *

Los tres días que siguieron fueron de absoluta normalidad, dentro de la anormalidad que suponía vivir en una época situada veinte o treinta mil años en el pasado. Al menos, la caza abundaba y asimismo había frutos silvestres por todas partes. Los venablos les fueron de suma utilidad y ya habían adquirido una considerable práctica en su manejo. Pero dentro de muy poco tiempo tendrían que enfrentarse con un nuevo problema: la indumentaria.

Tanto Curley cuino Stevens, vestían las picudas que utilizaban durante sus

inmersiones, y eran muy livianas, debido a que trabajaban en una atmósfera de tempera.ura constante, a unos 23º C de promedio. Cuando las ropas y el calzado se les estropeasen... ¿cómo repondrían el vestuario?

A la mitad del séptimo día, cuando menos se lo esperaban, oyeron un extraño sonido.

Curley y su compañero se quedaron atónitos. —Eso parece... —Un motor de automóvil.

Durante un segundo, permanecieron parados. Luego, de pronto, como si se hubieran puesto de acuerdo con la voz, echaron a correr. Atravesaron un pequeño bosquecillo y desembocaron en un anchuroso claro, situado al pie de una serie de elevadas colinas, muy escarpadas en algunos puntos. A cien metros de distancia, se veía un enorme camión, que retrocedía lentamente, arrastrando algo por medio de una cuerda atada al parachoques delantero.

—Socio, ese vehículo no es de la Edad de Piedra, precisamente —dijo Stevens alborozadamente.

La cuerda desaparecía en el interior de un túnel que, aparentemente, había sido utilizado por un ferrocarril ahora inexistente. Los dos compañeros corrieron hasta situarse ante el morro del camión. El conductor era una mujer y se quedó atónita al ver aparecer a dos hombres delante del vehículo.

Curley observó que el camión era de enormes dimensiones y, además, acondicionado como vivienda. Pero no tuvo tiempo de captar más detalles.

La conductora paró el motor de su vehículo y se apeó. Todavía no acababa de dar crédito a sus ojos.

Era una mujer todavía joven, ya que no habría cumplido los cuarenta años, muy alta, fornida, de sólidos pechos y recias caderas, lo que no impedía para que resultase bastante atractiva. En aquellos momentos vestía una camisa con bolsillos, en la que se advertían grandes manchas de sudor hacia las axilas, pantalones y botas de media caña. Después de unos instantes de silencio, sonrió y alargó su mano.

—Chóquenla, compañeros —dijo—. Soy Dora Anders, doctor en geología y el peor conductor de camión que se han topado en los días de su vida.

—Curley Steve y Stevens Curly —dijo el joven—. Pilotos de batiscafo.

—Batiscafo —se asombró la mujer.

—Así es... pero ¿se puede saber qué remolca usted con esa soga, señora Anders?

De súbito, Dora se pegó una palmada en la frente.

—¡Dios mío! Me había olvidado de la pobre Ulrika. Es mi compañera y está atrapada en el interior del túnel.

Curley respingó.

—¿Cómo? ¿Hay otra persona viva con usted?

—La pobre Ulrika lleva dos semanas ahí, en el interior —respondió Dora —..Hay una cantidad de escombros verdaderamente enorme y la suerte es que haya podido pasarle algo de comida y que dispone de ropa de abrigo. Pero debe de encontrarse ya muy débil. Oigan, ¿saben qué ha pasado? El camión dispone de radio, pero nadie contesta a mis llamadas.

—Doctora, luego vendrán las explicaciones —dijo Curley resueltamente—. Socio, vamos a ver si rescatamos cuanto antes a la otra mujer.

—De acuerdo. Yo me encargaré del camión.

Stevens trepó a la cabina. Curley se apoderó dé la soga y se adentró sin vacilar en el túnel, recto y muy largo. A unos ciento cincuenta metros de la boca, se divisaba el enorme montón de rocas y escombros, desprendido indudablemente de la bóveda.

—El túnel se construyó hace más de cien años y llevaba treinta o cuarenta sin que funcionase el ferrocarril —explicó la geólogo—. Hubo un ligero temblor de tierra y parte del techo se vino abajo. Ulrika estaba al otro lado, aunque, por fortuna, no sufrió ningún daño. A los dos días, conseguí pasarle algo de agua y comida, pero no he podido llegar al otro lado por más esfuerzos que he hecho.

Stevens asintió, mientras contemplaba el interior del túnel, en el que se veían grandes pilas de cajones que supuso contenían provisiones de boca y herramientas. También pudo divisar una veintena de grandes barriles de metal que, indudablemente, contenían repuestos de combustible para el camión.

Los faros del vehículo iluminaban claramente el interior del túnel. Stevens saltó al suelo y trepó por el montón de escombros.

—Eh, Ulrika —gritó Dora—. He encontrado a dos amigos. Ellos me ayudarán a rescatarte.

—Gracias a Dios —contestó una voz muy débil al otro lado de la barrera—. Ya casi no tengo fuerzas.

En lo alto del amontonamiento de piedras, Stevens estudió el pequeño agujero a través del cual recibía agua y comida la prisionera involuntaria.

—Socio, tenemos que ensanchar este agujero. Yo soy el más delgado y podré pasar mejor que ninguno de los dos. Vamos, busca herramientas, no pierdas el tiempo. Una palanca, mejor incluso que un pico o una pala.

—Está bien —respondió Curley.

Repentinamente desmadejada, Dora se sentó en una piedra.

—Ya no sabía ni qué hacer —murmuró—, Ulrika y yo estamos completamente solas. Todos nuestros compañeros, con el resto de los vehículos y el equipo, han desaparecido por completo. ¿Qué ha pasado aquí, amigos?

.Hablaba sola. Curley y Stevens se hallaban ya en lo alto de la barrera, arrancando piedras frenéticamente. Una hora más larde, Stevens se volvió.

—Doctora, ¿hay café caliente? —consultó.

—Puedo hacerlo...

—Tráigalo en un termo, y también unos emparedados si le quedan. Tú, Steve, busca una manta. Busca también el botiquín y una linterna. Ulrika, ¿me oye?

—Sí —contestó la otra mujer.

—Dentro de un cuarto de hora, estaré a su lado. Luego terminaremos de ensanchar el pasadizo.

—Gracias, amigos. Quienesquiera que sean ustedes, jamás olvidaré que les debo la vida.

—Estamos aquí para ayudarnos los unos a los otros —respondió Stevens llanamente.

Media hora más tarde, Ulrika era trasladada al exterior por los dos hombres y conducida al camión, en una de cuyas literas quedó acostada y bien abrigada. La sensación de saberse a salvo, provoco en ella la natural reacción del sueño. Había tomado algo caliente por primera vez en dos semanas y ello hizo que desapareciese la tensión a que hasta entonces había estado sometida.

Cuando la vio dormida, Dora abandonó el pequeño camarote y se reunió en el comedor del vehículo. Sacó una botella y tres vasos, los llenó y sonrió anchamente.

—Bueno —dijo con jovial acento—, creo que es hora ya de celebrar el salvamento de Ulrika Mailer.

* * *

—No entiendo —dijo Dora más _tarde, cuando se enteró de las cosas tan extrañas que Habían sucedido en el planeta, después del paso de la nube roja —. ¿Cómo conseguimos salvarnos nosotras dos solas?

—Primero tendríamos que saber en qué circunstancias se encontraban ustedes —solicitó Curley.

—Bueno, la verdad es que estábamos haciendo unas prospecciones geológicas por cuenta de una importante compañía. Aunque les parezca extraño, yo era la directora y cuando me encargaron el trabajo, pedí, y obtuve, materiales suficientes para no tener que depender de nadie en muchas semanas. Así, pues, reunimos provisiones para varios meses, combustibles, medicamentos, herramientas, armas, municiones... En fin, de todo, y como es natural, lo transportamos en media docena de camiones pesados, otro de los cuales era también vivienda, como este en que nos encontramos. Un día, de súbito, Ulrika y yo vimos que estábamos solas. Ella fue hacia el interior del túnel, para ver si había alguien más al fondo, y entonces fue cuando se produjo el hundimiento de la bóveda.

Curley levantó las dos manos.

—Vamos a ver si nos aclaramos —dijo—. Ustedes estaban en el interior del túnel... ¿solas?

—Sí. Incluso habíamos metido dentro el camión, aparte de hacer entrar la mayoría de las provisiones. Los camiones de transporte se marcharon y solo quedó otro vehículo, análogo a éste.

—¿Qué longitud tiene el túnel?

—Unos setecientos metros, pero la boca norte está cegada ya desde hace bastantes años. Por eso iniciamos aquí los primeros trabajos de prospección.

—La boca sur quedaba al descubierto.

—No siempre, Steve —contestó Dora.

—¿Cómo? —se sorprendió Curley.

—Nuestros trabajos, en ocasiones, requieren una oscuridad absoluta. Empleamos aparatos muy modernos para análisis espectrográficos de las muestras de mineral y, cuando se ha preparado todo, se requiere una oscuridad total. Ni siquiera es suficiente la de la noche, ¿comprenden?

—Eso significa que taparon la boca del túnel con alguna... lona —apuntó Stevens.

—Exactamente —corroboró Dora—. Habíamos preparado una cubierta absolutamente impenetrable a los rayos luminosos. Incluso impedía la entrada del más ligero soplo de aire. Por fortuna, ese aislamiento del exterior duraba muy pocas horas; casi setecientos metros de túnel, con una sección no inferior a los veinticinco o treinta metros cuadrados, dan una cifra muy aproximada a los doscientos mil metros cúbicos de aire.

—Suficiente para dos personas durante semanas enteras —calculó Stevens rápidamente—. ¿Qué hicieron después?

—Los otros nos llamaron por radio. Dijeron algo de una nube roja, se lamentaron de que iban a morir... Entonces, casi simultáneamente, se produjo el desprendimiento. Yo me quedé sola y aguardé unos cuantos días, haciendo lo que podía por ayudar a Ulrika, enviándole algo de agua y comida por una pértiga. —Dora se golpeó el pecho ampuloso—. Soy una ballena, no una sílfide —añadió de buen humor—. Por eso no podía pasar al otro lado, aunque, afortunadamente, Ulrika es una chica mucho más resistente de lo que parece.

—Bueno, el caso es que está a salvo —sonrió Curley—. Dora, tuvo usted una buena idea al no quitar la cubierta en los primeros momentos: de otro modo, no estaría hablando con nosotros.

Los ojos de la geólogo se entornaron.

—Steve, usted sabe más de lo que aparenta —dijo—. ¿Qué ha sucedido aquí? ¿Por qué estamos solos los cuatro?

— Por la sencilla razón de que formarnos parte de la pequeña especie de afortunados que hemos sobrevivido a la nube roja.

—¿Quiere decir... —preguntó Dora estupefacta—, que la humanidad ha sucumbido a los efectos de esa horrible nube?

—Quizá sucumbir no sea una palabra enteramente correcta, pero de lo que no

cabe duda alguna es que queda muy poca gente en nuestras condiciones —respondió Curley.

CAPITULO V

Dos días más tarde, Ulrika pudo ponerse en pie, aunque todavía sentía bastante debilidad en las piernas. Había adelgazado mucho durante los días que permaneció forzosamente encerrada en el túnel, pero se adivinaba claramente que, una vez repuesta, volvería a tener de nuevo el esplendoroso aspecto tísico que era natural en ella.

Ulrika contaba unos veinticinco años y era de buena estatura, pelo muy rubio y ojos azules. Ayudada por Dora, se apeó del camión.

—Hay un riachuelo a menos de cien metros —dijo Dora—. Esta pobre chica necesita un baño más que un filete sangrante con patatas.

Stevens le entregó un revólver.

—Tenga cuidado. Dispare apenas presienta el menor peligro. No sabemos con qué clase de fieras podemos encontrarnos en esta época.

Dora y Ulrika conocían ya todo lo relativo a la distorsión temporal que las había lanzado a treinta mil años en el pasado. Sonriendo, la doctora contestó:

—Quizá nos topemos con una tribu de hombres del Neanderthal.

—En tal caso, cuidado; los hombres primitivos siempre estaban necesitados de hembras —advirtió Curley.

Los dos amigos se quedaron a solas. Curley empe2Ó a hacer una especie de inventario de existencias de toda clase de provisiones y equipo. Stevens se ocupó de tener a punto los dos rifles y el otro revólver que constituían el armamento de la expedición.

—Parece mentira —comentó al cabo de unos minutos—. Somos hombres del siglo XXI y el solo contacto con un arma de fuego, nos hace sentirnos infinitamente más seguros.

—Hemos nacido en esa época y nuestra idiosincrasia se ha adaptado desde el instante mismo de nuestro nacimiento —filosofó Curley—. Pero, aun así, hemos conseguido sobrevivir sin dificultades con los venablos.

—Oh, ahora tenemos de todo... hasta hojas de afeitar, coñac y tabaco —rió Stevens—. Incluso disponemos de un camión.

—El camión no sirve de nada, excepto como alojamiento.

Stevens miró extrañado a su compañero. Curley añadió:

—Ya no hay carreteras, socio.

La nuez de Stevens subió y bajó varias veces.

—Comprendo —dijo con voz entrecortada—. Quieres decir que. sí hemos de seguir explorando en busca de supervivientes, tendremos que hacerlo a pie.

—Justamente. El camión es muy útil, pero sólo en este lugar. Preferiría disponer de un tanque, si entiendes lo que quiero decir.

—Las chicas se llevarán una sorpresa cuando lo sepan, Steve.

—Tienen que empezar a adaptarse a esta situación, Curly. No hay otro remedio. Hemos retrocedido a treinta mil años en el pasado y no tenemos otra opción que sobrevivir en esta época.

Stevens meneó la cabeza.

—En medio de todo, hemos tenido suerte. Las hemos encontrado a ellas, lo qué significa que estamos menos solos... y hasta hemos encontrado también ropas y calzado. No estamos tan mal como parece, ¿verdad?

Curley palmeó los hombros de su amigo.

—Saldremos adelante, socio —sonrió.

Ulrika y Dora regresaron media hora más tarde. La joven parecía encontrarse mucho mejor. Pese a su aspecto delicado, Ulrika era una mujer fuerte y resistente.

Pronto volvería a ser la que era antes de la catástrofe —apreció Curley.

Dora, sin embargo, se sintió consternada cuando el joven disipó sus ilusiones sobre el uso del camión para explorar aquella comarca.

—Es cierto —murmuró, un tanto deprimida—. No había caído en la falta de carreteras...

—Cuando esté bien del todo, podemos hacer una exploración en círculo durante un par de semanas, lomando este lugar como base de operaciones y avituallamiento —dijo Ulrika.

De pronto, Curley levantó una mano.

—A veces pienso que soy un tonto. Socio, tenemos una radio que funciona, ¿no es así?

—Cierto, aunque me he cansado de llamar y nadie me ha contestado todavía —respondió Stevens.

Curley señaló la antena que sobresalía del techo del camión.

—La antena sirve para lugares relativamente próximos —dijo—. Pero tú eres un experto y puedes construir una antena mucho más alta, aparte de conferir una mayor potencia al transmisor. ¿Por qué no empiezas a trabajar de inmediato?

—¡Caramba, a mí tampoco se me había ocurrido esa idea! —exclamó Stevens —. Parece como si la nube roja hubiera rebajado nuestro nivel de inteligencia.

—Todavía nos sentimos aturdidos y desconcertados por hallarnos en una situación totalmente insólita. Nuestras mentes están habituadas a cosas y sucesos que se producían en el tiempo en que vivíamos; ahora debemos adaptarlas a esta época en que nos hallamos y actuar en consecuencia —dijo la doctora Anders.

Era un razonamiento muy sensato, apreció Curley. Stevens se levantó inmediatamente, diciendo que iba a buscar entre los pertrechos los elementos necesarios para reforzar la potencia de la emisora.

Por su parte, Curley buscó una hamaca y la colgó de dos árboles. Luego ayudó a la joven a tenderse en ella.

—Te sentirás aquí mejor que en el interior del camión, por lo menos durante las horas diurnas —dijo.

—Yo podría ayudar en algo...

—Todavía estás muy débil. No te preocupes por el trabajo; tu salud es lo primero.

* * *

Unos días más tarde, Stevens anunció que tenía lodo listo, pero que había un inconveniente.

—¿Cuál es? —quiso saber Curley.

Stevens señalo un gigantesco árbol que había a poca distancia, cuyo tronco no

tenía menos de cinco o seis metros de diámetro. El final de su puntiaguda copa se hallaba a más de noventa metros del suelo.

—He descendido en el batiscafo a cuatro mil metros de la superficie del mar, pero en cuanto me encuentro a cuatro metros del suelo, padezco vértigo. El día de la pelea entre el megaterio y los tigres «dientes de sable» lo habría pasado muy mal en aquel árbol de no haberte tenido a ti al lado.

—El vértigo entonces, de todos modos, era menos peligroso que los tigres o el paquidermo —sonrió Curley.

—Es cierto, pero aquí se trata de llegar a noventa metros de altura. Francamente, no me siento capaz de ello, socio.

—Está bien, dime lo que es preciso hacer.

—La antena debe quedar en el punto más alto, unida al transmisor por un cable. Por fortuna, hay bastante material, de modo que ese no es problema. Pero tendrás que cortar parte de las ramas más altas, incluso será preciso rebajar un poco la parte superior de la copa. Hay una sierra mecánica y eso te ayudará mucho... pero así contaríamos con una antena que no mediría menos de ochenta metros de altura.

—Yo lo haré, Curly. ¿Hay bastante soga para subir la sierra mecánica?

—Desde luego. Lleva también un trozo para que te ates al tronco y puedas trabajar con las dos manos libres.

—Conforme.

Unos minutos después, Curley, convenientemente equipado, emprendía la ascensión. Ulrika se acercó a Stevens.

—¿Te has dado cuenta de que es un secuoya?

—Sí. ¿Qué tiene de raro? —preguntó Stevens.

—Tiene de raro el hecho de que los secoyas no existían en esta zona del país cuando llegó la nube roja, lo mismo que el megaterio *y* los tigres «dientes de sable».

—Son consecuencias de la distorsión espaciotemporal que estamos padeciendo. Y mientras haya árboles y animales, yo no me preocuparé demasiado por el futuro.

Mientras tanto, Curley había alcanzado ya las primeras ramas. Desde allí, se dijo, la ascensión resultaría más fácil. Prácticamente, sería como trepar por una escalera, aunque no debería descuidarse un solo instante. Una caída desde cincuenta o más metros, tendría consecuencias fatales para él. Pendiente del cinturón llevaba una pequeña cantimplora con agua; tendría que pasarse muchas horas arriba y en una sola ¡ornada, por supuesto, no estaría completada la instalación.

De pronto, cuando se hallaba a unos quince metros del suelo, oyó no lejos de aquel lugar un extraño resoplido.

Volvió la vista. A menos de cuarenta pasos se divisaba un enorme animal, con cuernos y pezuñas, y un enorme lomo peludo. La bestia era mucho mayor que los bisontes que conocía de los parques zoológicos y reservas de animales salvajes. Aquel gigantesco animal, calculó, no pesaba menos de tonelada y media.

—¡Curly! —gritó—. Cuidado, viene un uro.

Stevens levantó la cabeza en el acto.

—¿Qué es eso, compañero?

—Un luirá primitivo —contestó Ulrika—. Es una raza casi extinguida y apenas si quedan algunos ejemplares degenerados en la Europa central.

—El que estoy viendo es enorme —informó Curley—. Además, parece furioso, no sé por qué...

De repente, Ulrika lanzó un grito.

—¡Dora! Dijo que iba al río a bañarse.

Stevens reacciono de inmediato y empujó a la muchacha con una mano.

—¡Al camión, rápido!

Ulrika obedeció en el acto. Stevens agarró uno de los rifles de caza y puso una bala en la recámara. Luego echó a correr en dirección al lugar donde sonaban los mugidos del uro.

—¡Dora, voy! —aulló.

Desde su cómodo observatorio en las ramas, Curley podía presenciarlo todo sin la menor dificultad. Dora regresaba en aquellos momentos y, al ver al

gigantesco bóvido, se había quedado inmóvil, paralizada por el terror.

—Doctora, no se mueva —recomendó Stevens, a la vez que ponía una rodilla en tierra.

El uro escarbaba la tierra con las pezuñas delanteras. Era evidente que se sentía furioso por alguna causa que resultaba desconocida a los humanos. Stevens tomó puntería con toda calma. Debía acertar a la primera; de lo contrario, aquel fenomenal bruto podía aplastar a Dora con toda facilidad.

Sonó un estampido que provocó una desbandada de las aves de las inmediaciones. El uro, alcanzado de lleno entre los ojos, dobló instantáneamente las patas delanteras.

Aun así, era una bestia de enorme vitalidad y se resistía a dejarse caer. Pero ahora, Stevens, ya con mayor tranquilidad, pudo enviarle dos nuevos proyectiles al cerebro, que abatieron definitivamente su resistencia.

—¿Se encuentra bien, doctora? —preguntó Stevens,

—Buen susto me he llevado. ¿Qué es eso, Curly?

—Un uro. Supongo que siendo más o menos de la raza de los bisontes, se podrá comer su carne.

—No lo dude. Esta noche —sonrió Dora—, les prepararé un estofado de lengua de uro, que se chuparán los dedos.

Stevens la contempló con admiración.

—Además de geólogo, cocinera.

—Las malas lenguas dicen que enviudé porque mi esposo comía demasiados guisos míos —respondió Dora jovialmente—. Mi *hobby* es la cocina; me distraigo guisando mejor que leyendo una novela.

Stevens se acercó al enorme animal y vio en su costado izquierdo señales de un enorme zarpazo, que había estado a punto de desventrarle algunos días antes. La herida estaba llena de parásitos que, sin duda, debían de producirle terribles molestias, y ello era lo que había causado la furia al ver a otros seres que tal vez podían ser enemigos.

—Vamos a tener mucho trabajo, doctora —dijo—. Será preciso despellejar al animal cuanto antes, desangrarlo y llevar al río todas las partes de su cuerpo que no sean aprovechables. De lo contrario, esto se nos convertirá en un

hervidero de moscas antes de una hora, sin contar con las alimañas necrófagas y toda clase de bichos que acudiría al olor de este inesperado banquete.

—En tal caso, convendría que empezásemos a trabajar cuanto antes —propuso Dora.

—Bajaré a ayudarles —gritó Curley desde lo alto del secoya.

—Tú tienes una tarea señalada —dijo Stevens—. Nosotros nos ocuparemos del uro.

El cuerno izquierdo estaba manchado de una sustancia oscura y ya seca. Al verlo, Stevens meneó la cabeza.

—El tigre que le atacó no debió de pasarlo muy bien —comentó de buen humor.

Ulrika llegó en aquel momento.

—Vaya una mole de carne —se asombró.

— Parte de esa carne, irá a parar a nuestros estómagos. Y si dispusiera de tiempo, ahumaría una de las patas del bicho...

—Tenemos todo el tiempo del mundo, Curly —dijo la doctora Anders.

—Eso sí es cierto... Todo el tiempo del mundo, pero no es nuestro tiempo

—Nuestro tiempo es aquel en que nos hallamos, no le demos más vueltas —dijo Ulrika sentenciosamente—. Dora, creo que deberíamos empezar cuanto antes.

—Sí, es cierto. Antes de que se haga de noche hemos de dejar la tarea terminada —contestó Dora.

Levantó la vista. Imperturbable, Steve Curley proseguía su ascensión por las ramas del secoya.

CAPITULO VI

Tremendamente nervioso, Stevens se sentó ante el transmisor de radio y se frotó en los pantalones las palmas de las manos, húmedas de sudor.

—Esperemos que resulte —dijo a media voz—. Dora, este lugar, ¿tenía algún nombre?

—Nosotros le llamábamos Camp Vernon. Fue el primero que presintió la posibilidad de realizar unas prospecciones geológicas con éxito hace un par de años. Murió al poco tiempo de iniciarse los trabajos preparativos de la expedición.

—Muy bien, entonces, le llamaremos Camp Vernon.

En aquel momento, Curley le entregó un papel.

—No te olvides de las coordenadas geográficas —indicó—. Son aún más importantes que el nombre del lugar.

—Sí, tienes razón.

Stevens abrió el interruptor y luego hizo girar el dial de frecuencias. Los chasquidos de la estática restallaron a través del altavoz.

De cuando en cuando, pronunciaba el nombre del campamento:

—Habla Camp Vernon, dirigiéndose a todos los supervivientes de la nube roja... Por favor, contesten, quienesquiera que sean...

Al cabo de unos momentos, pasó el micrófono a Ulrika. La muchacha repitió la llamada en alemán, español y francés. Dora lo hizo en ruso e italiano. Curley, por su parte, empleó el árabe, idioma que conocía por haber pasado cinco años como empleado de una importante empresa en el Oriente Medio.

De repente, cuando ya empezaban a desesperar de que nadie contestase a sus llamadas, se oyó una voz jubilosa:

—¡Hola, Camp Vernon! Habla Tom Slide, único superviviente, con su mujer, de los habitantes de Black Chaparra!, al sur de Texas. En la población éramos seiscientos veintidós habitantes. Ahora sólo quedamos dos. Por favor, Camp Vernon, díganos qué ha pasado. Hace días que uso la radio constantemente, y esta es la primera vez que alguien nos contesta. Hablen, se lo ruego.

Curley agarró el micrófono:

—Hola, Tom Slide. Soy Steve Curley, piloto de batiscafo. Camp Vernon está en la costa oriental de Honduras. Ahora le daré nuestras coordenadas geográficas. Nuestro grupo está compuesto por la doctora Dora Andéis, geólogo, Ulrika Mailer, ayudante, y Curly Stevens, segundo piloto e ingeniero del batiscafo. Por si no sabe qué es ese chisme, le diré que es un submarino enano, destinado a exploraciones bajo la superficie del mar.

—Me alegro de oírle, Steve. Mi mujer, Annie, y yo, estamos perfectamente. Pero no sabemos qué ha pasado. Black Chaparral ha desaparecido por completo...

—No se alarme, Tom. Lo que sucede es que hemos sido trasladados a treinta mil años en el pasado. El culpable de todo es la nube roja.

—Por lodos los diablos... Steve, ¿se ha vuelto loco? ¿Cree que es decente burlarse de esa manera en una situación como la que nos encontramos?

—No se enoje, Tom; le estoy diciendo la pura verdad.

De pronto, Dora arrebató de un manotazo el micrófono.

—Escuche, cabezota: esto no son tiempos para bromas. Lo que le ha dicho Steve es rigurosamente cierto. ¿Dónde estaban usted y su esposa cuando pasó la nube roja?

—Bueno, pues... tenemos una pequeña mina a poca distancia del pueblo. . Annie y yo trabajamos a ratos perdidos; no disponíamos de dinero para pagar peones o se nos hubieran ido las ganancias...

—Estaban bajo tierra cuando pasó la nube roja, ¿no es cierto?

—Sí.

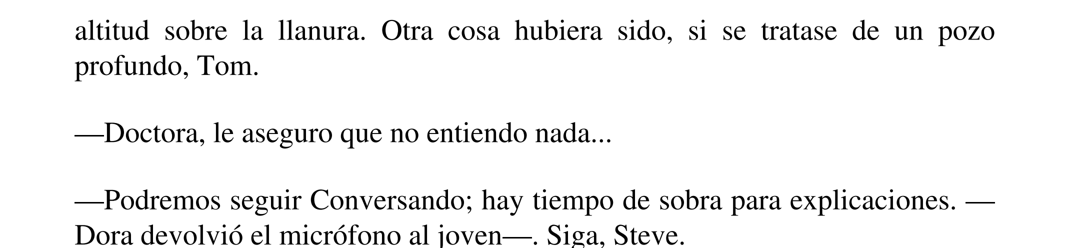
—¿A qué profundidad se encuentra su mina?

—Bueno, esto es un poco relativo, doctora. La mina está en la ladera de un cerro, a unos cien metros sobre la llanura. Claro que encima hay doscientos cincuenta metros de roca.

—Sí, eso puede que lo explique. Seguramente, en la mina tenían víveres y pertrechos.

—Justamente, doctora. Pero ¿cómo sabe...?

—La nube roja no llegó a penetrar en su mina por completo, debido a su



altitud sobre la llanura. Otra cosa hubiera sido, si se tratase de un pozo profundo, Tom.

—Doctora, le aseguro que no entiendo nada...

—Podremos seguir Conversando; hay tiempo de sobra para explicaciones. —Dora devolvió el micrófono al joven—. Siga, Steve.

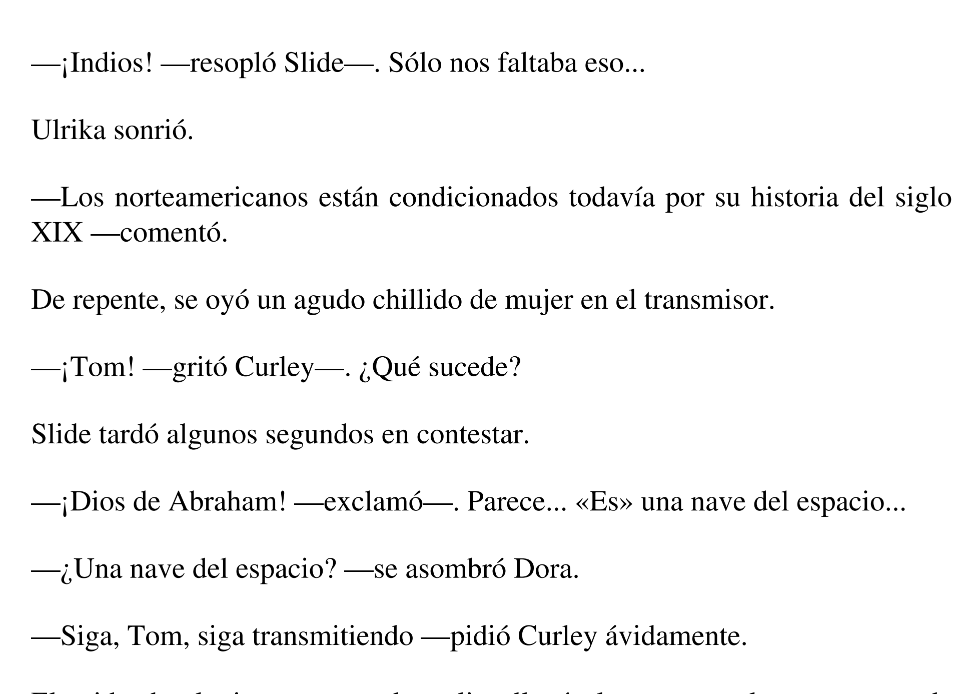
—Tom, soy Curley. Dígame, por favor, ¿ha entablado contacto con algunas otras personas?

—No. Ustedes son los primeros, desde hace semanas. Yo tenía la radio en la mina, porque así, cuando necesitaba algo, lo pedía al pueblo y me lo traían. He tenido que sacar el transmisor al exterior y alargar la antena para conseguir mi primer contacto.

—Ha tenido la misma idea que nosotros. Bien, Tom, al menos, ya somos seis los que seguimos con vida. Todavía lardaremos mucho en vernos, pero creo que acabaremos por encontrarnos. Ahora vamos a discutir un plan en Camp Vernon; quizá sea más conveniente para todos que nos reunamos en Black Chaparral, aunque eso es algo que habrá que discutir sin prisas. Lo importante es que estén bien. ¿Tienen comida?

—De sobras, aunque he visto algunos animales rarísimos...

—Eso es una prueba de lo que le dije antes. Oiga, tenga cuidado; puede encontrarse con indios muy primitivos. Algunos, quizá, vivían en cuevas y sobrevivieron a la nube roja.



—¡Indios! —resopló Slide—. Sólo nos faltaba eso...

Ulrika sonrió.

—Los norteamericanos están condicionados todavía por su historia del siglo XIX —comentó.

De repente, se oyó un agudo chillido de mujer en el transmisor.

—¡Tom! —gritó Curley—. ¿Qué sucede?

Slide tardó algunos segundos en contestar.

—¡Dios de Abraham! —exclamó—. Parece... «Es» una nave del espacio...

—¿Una nave del espacio? —se asombró Dora.

—Siga, Tom, siga transmitiendo —pidió Curley ávidamente.

El ruido de alguien que tragaba saliva llegó claramente a los ocupantes de Camp Vernon.

—Annie —sonó la voz de Slide—, ven a mi lado. Habla, sigue transmitiendo lo que sucede. Yo te defenderé con mi rifle. Amigos, a partir de ahora, les hablará mi mujer. ¿Enterados?

—De acuerdo, Tom. Adelante, Annie —dijo Curley.

* * *

Hubo un instante de silencio. En el interior del camión, reinaba un tremendo nerviosismo.

Annie Slide empezó a hablar:

—Es un aparato que parece un gran disco, con un globo aplanado en el centro... Muy grande, lo menos mide cien metros o quizá me quede corta... Brilla mucho, parece hecho de oro puro... Desciende lentamente, en vertical, a unos doscientos metros de la bocamina.. Ahora se ha parado. Veo que se abre una puerta en la parte más baja...

Ulrika tomaba notas taquigráficamente, por indicación de la doctora Anders. Curley tenía la vista fija en el altavoz. «¿Por qué no tendrán televisión los Slide?», se lamentó.

Era pedir demasiado, tuvo que reconocer. Bastante era que hubiese una persona que pudiese contarles lo que sucedía.

Annie prosiguió:

—Ha salido una rampa... Dos hombres descienden. Visten unas raras armaduras... No puedo verles las caras; las tienen cubiertas por un casco, con visera de cristal oscuro... Steve, ¿serán extraterrestres? —preguntó la mujer, estremecida de miedo, pero con la suficiente serenidad, sin embargo, para no abandonar el micrófono.

—Tal vez, Annie. Siga, se lo ruego —solicitó el joven ansiosamente.

—¡Steve, esos hombres están armados! —gritó de repente la señora Slide—. Han sacado de la nave algo que parece un cañón... Oh, Dios mío, acoge nuestras almas... Perdónanos nuestros pecados... Steve, adiós, vamos a morir...

Curley se sentía consternado. Ahora ya sólo les llegaban las oraciones de la señora Slide. De pronto, dijo:

—Han emplazado el cañón... Tom sale a su encuentro .. No quiere usar el rifle y ha levantado la mano para indicar que quiere paz... —Súbitamente, se oyó un agudísimo chillido—: *¡Tom ha desaparecido!*

—Dios mío —dijo Ulrika, a la vez que se tapaba la cara con las manos.

—Ahora, yo... —Fue lo último que dijo Annie Slide. A través de la radio llegó un tenue chasquido y su voz se apagó en el acto.

* * *

Durante unos segundos, sólo hubo silencio en el interior del vehículo, un silencio abrumador, ominoso, preñado de oscuras amenazas para los cuatro supervivientes de la catástrofe producida por la nube roja. De repente, Stevens se abalanzó sobre el micrófono.

—Voy a ver si consigo saber algo más...

Curley se adelantó a su gesto y cerró la radio..

—¡Quieto! —dijo—, No conseguirás nada, salvo, tal vez, delatar nuestra posición. Ignoramos lo que les ha sucedido a los Slide, aunque una cosa es evidente: alguien los ha hecho desaparecer, con un arma que para nosotros resulta totalmente desconocida. Y ya no cabe la menor duda de que la nave

que tan bien describió Annie, procede de otro mundo.

—Seres extraterrestres en nuestro planeta,.. —murmuró Ulrika, abrumada, como los demás—. Resulta difícil de creer.

Dora se puso un cigarrillo en los labios.

—La descripción de Annie, una mujer con no demasiados conocimientos, parece lo suficientemente fidedigna como para concederle un crédito absoluto. A mí no me cabe la menor duda de que unos seres no nacidos en la Tierra han desembarcado en nuestro planeta y, según hemos podido escuchar, con intenciones nada pacíficas. Tom tenía un rifle, pudo usarlo y prefirió entablar relaciones amistosas con los forasteros del espacio. Sin embargo, hay algo que me preocupa extraordinariamente. Annie dijo, textualmente: «Tom ha desaparecido.) ¿Qué clase de armas utilizan los extraños?

—Un cañón desintegrador —opinó Ulrika.

—Pudiera ser. Mucho ruido, sin embargo, no hace. Pero ¿por qué utilizar un arma tan grande? —exclamó Curley.

—Eso es como matar mosquitos con cartuchos de dinamita —refunfuñó Stevens.

—Sea como sea, los extraterrestres localizaron a Tom y Annie Slide. ¿No puede suceder lo mismo con nosotros?

Las palabras del joven provocaron una súbita tensión.

— ¡Ahora vendrán a buscarnos! —exclamó Ulrika, aterrada.

Stevens levantó la vista hacia el techo del camión.

—Socio, arriba, a ochenta metros, tenemos una antena —dijo.

—Deberíamos quitarla inmediatamente —propuso Dora.

—Vamos, Steve, no perdamos tiempo exclamó Ulrika.

Curley levantó una mano.

—Por favor, procedamos con caima —dijo—. Estamos a más de dos mil kilómetros de Black Chaparral, mejor dicho, del lugar en que se encontraba esa población. Suponiendo que la nave sea extraterrestre y que vuele a velocidades que para nosotros resultan inconcebibles, antes de que nos ataquen, deben localizarnos. Es probable que a bordo dispongan de

operadores que hayan captado los últimos momentos de la transmisión, si no la escucharon toda. Pero, si no oyeron la conversación por completo, si no captaron más que las últimas palabras de la pobre Annie Slide, ¿por qué no darles una oportunidad a los extraterrestres?

Stevens miró a su amigo como si éste se hubiera vuelto loco repentinamente.

—Socio, que no estás borracho —dijo severamente.

—Estoy en mi sano juicio —protestó el joven.

—Curley, deje que hable Steve —intervino Dora—. Creo que ha concebido alguna idea. Tiempo habrá de rechazarla, si no nos gusta.

—Gracias, doctora —dijo Curley—. Mi idea consiste en dejar que los extraterrestres nos localicen, así de sencillo.

—Claro, y ponernos solitos delante de su cañoncito —se burló Stevens.

—Calma, compañero, calma. Una cosa es que localicen nuestro campamento y otra que nos localicen a nosotros, las personas.

—Empiezo a comprender tu plan —manifestó Ulrika—. Steve, tú lo que quieres es capturar un prisionero.

Curley sonrió.

—Exacto —confirmó.

—¡Un prisionero! —resopló Dora—. Probablemente, tendía los ojos de rana, la piel verde, una cresta córnea en la cabeza, manos con membranas interdigitales...

—Oh, Dora, no te dejes llevar por la fantasía —exclamó Ulrika—. Y aunque sean unos monstruos, como dices, ¿por qué no escuchar el resto del plan de Steve?

—Bueno, que siga —contestó la doctora.

—En primer lugar, ¿conservan aún la lona que cubría la entrada del túnel?

—Sí, desde luego.

—Bien, entonces taparemos la boca del túnel y nos retiraremos allí, con todos los elementos que puedan resultarnos útiles y que están en el camión. Curly, mientras nosotros tapamos el túnel, tú te ocuparás de prolongar el cable del

micrófono, para que pueda llegar hasta el túnel. ¿Entendido?

—Sí, de acuerdo. Pero ¿qué haremos después, cuando hayamos hecho todo lo que has mencionado? —quiso saber Stevens.

Curley sonrió.

—Espero disponer del tiempo suficiente para preparar la trampa que nos permitirá capturar al prisionero —dijo.

Ceñudo, Stevens añadió

—Y yo reuniré leña, para tostarle los pies, si se muestra reacio a contestar a nuestras preguntas.

CAPITULO VII

En el interior de! túnel, el pequeño magnetófono funcionaba casi constantemente, situado junto al micrófono, de modo que éste recogiera los sonidos musicales emitidos por las cintas grabadas. De cuando en cuando, Dora, Ulrika y Curly Stevens sostenían conversaciones intrascendentales, pero siempre junto al micrófono.

El cable había sido enterrado en el suelo, a poca distancia de la superficie, de modo que resultaba absolutamente invisible. La lona que cubría la entrada había sido enmascarada con abundantes ramajes. No obstante, en la parte inferior, se había practicado una hendidura. a fin de entrar y salir cuando resultase necesario.

Curley se hallaba en el exterior, armado con un rifle. Habían pasado casi veinticuatro horas desde la conversación sostenida con los Slide y tenía la convicción de que los extraterrestres no podían tardar mucho en localizar la fuente de emisión de ondas hertzianas.

El joven basaba su convicción en el hecho de que los Slide hacía ya semanas que usaban su radio. Ellos la habían utilizado e! día anterior por primera vez. Presenta que los extraterrestres, por la causa que fuera, no querían que quedasen supervivientes en la Tierra.

—Quizá provocaron aquella catástrofe temporal, para conseguir que el planeta quedase deshabitado —se dijo.

Tenía ganas de fumar, pero se contuvo. La espera era larga y tediosa. No obstante, era preciso saber dominar los nervios.

El camión había sido llevado al pie del cerro. En la explanada quedaba el sitio suficiente para que la nave espacial pudiera posarse sin dificultades. Dado su tamaño, le sobraría poco espacio, pero eso era precisamente lo que deseaba Curley.

De repente, un vivo chispazo metálico hirió sus retinas. Al levantar la vista hacia las alturas, divisó algo resplandeciente que descendía con moderada velocidad hacia el suelo.

—Eh, los del túnel, ya llegan —avisó.

Estaba situado casi frente al túnel. El camión se hallaba muy pocos metros de distancia. Si sus cálculos eran correctos —y, en todo caso, se lo deberían siempre a la valerosa Annie Slide—, los forasteros del espacio, como les

había denominado la doctora Anders, llegarían justamente en el sitio donde había instalado la trampa.

La nave descendió poco a poco. Curley sonrió para sí. Ulrika, Dora y su socio estarían agazapados tras la lona, contemplando la escena a través de la rendija practicada en la cubierta de la boca de! túnel.

Lentamente, aprestó el fusil. Del vientre de la astronave, surgieron silenciosamente tres anchas y cortas patas, que se hundieron en la hierba del claro.

A los pocos segundos, se abrió una escotilla. Una rampa surgió sin hacer el menor ruido.

Los dos hombres descritos por Annie iniciaron el descenso, sujetando con las manos el cañón. En síntesis, era un tubo, de unos dos metros de largo, terminado en una boca cilíndrica, de cincuenta centímetros de diámetro, por otro tanto de longitud. En la parte posterior, había una recámara de forma oblonga: un metro de largo, por sesenta centímetros de alto y cuarenta de ancho. El conjunto estaba sostenido por un sólido trípode, apoyado en una plataforma, sustentada, a su vez, por cuatro pequeñas ruedas.

Dos varas curvadas adecuadamente, permitían tanto empujar como sostener la pieza que, pese a todo, parecía bastante liviana. Curley no pudo divisar los rostros de los individuos acorazados; como había dicho Annie, el casco estaba provisto de una máscara de vidrio que le pareció muy espeso v de color verde muy fuerte.

Los dos extraños descendieron lentamente por la rampa. Curley adivinó sus intenciones. Tenían los ojos fijos en el camión, del que sobresalía la antena de la radio.

Iban a desintegrarlo, pensó. Súbitamente, uno de los extraterrestres ascendió a lo alto.

Curley estuvo a punto de lanzar un grito de júbilo. La trampa, primitiva, había resultado altamente eficaz. El extraño había metido el pie en un lazo y el árbol curvado, al dispararse el retén, se había enderezado bruscamente. De este modo, el sujeto quedaba cabeza abajo, con el casco a un metro del suelo y absolutamente indefenso.

Su compañero se desconcertó. Durante un segundo, pareció indeciso. Curley decidió tomar la iniciativa y disparó contra el cañón en primer lugar.

La bala alcanzó la recámara y provocó en el acto una pequeña humareda. Al

oír el estampido, el otro extraño retrocedió vivamente, arrastrando consigo el cañón.

Curley siguió haciendo luego, pero sus balas, apreció, no causaban el menor electo en su coraza. Por otra parte, tenía la impresión de haber inutilizado aquel extraño cañón y no quería enviarle más proyectiles, para evitar una explosión, perniciosa por su relativa proximidad. Le bastaba con el prisionero, al que sin duda iban a abandonar, según todos los indicios. Las balas que había chocado contra la coraza del segundo extraño se alejaban con terribles aullidos. El metal, se dijo, podía ser muy liviano, o no les resultaría fácil vestir de aquella forma; pero, en todo caso, resultaba intraspasable.

El artillero y su cañón desaparecieron en el interior de la nave. La rampa se replegó y la escotilla se cerró. Casi en el acto, la nave ascendió a las alturas con súbita velocidad. Curley se preguntó, aprensivo, si no les atacarían desde las alturas con medios mucho más potentes que un pequeño cañón.

En todo caso, se dijo, matarían también al prisionero, quien seguía moviéndose frenéticamente, colgado por un tobillo de la cuerda atada al árbol Fascinado por el espectáculo de un aparato que se movía silenciosamente sin motores que hiciesen ruido ni despidiesen llamas y humo, permaneció en el mismo sitio, contemplándolo, mientras lo veía disminuir de tamaño.

De repente, cuando la nave del espacio se hallaba a unos cinco mil metros de altura, muy desviada de la vertical con respecto al campamento, se produjo una espantosa explosión.

En el lugar en que ocupaba la nave, surgió de repente una cegadora llamarada blanca, sin rayos de otros colores, como solía suceder en las explosiones convencionales. El fogonazo fue absolutamente blanco, sin mezcla de distintos tonos cromáticos. A Curley le pareció que la nave se había disuelto en la atmósfera.

El estampido llegó hasta el suelo con fragor apocalíptico. Afortunadamente, la onda explosiva apenas si se percibió. Pero luego, Curley pudo, ver una extraña lluvia de millones de diminutos fragmentos incandescentes, que caían al suelo desde el lugar donde se había producido ¡a explosión.

Aquellos fragmentos, que parecían gotas de lluvia, heridas por los rayos oblicuos del sol, cayeron lentamente a unos tres o cuatro kilómetros de distancia. Sería inútil buscar algunos fragmentos que les permitiesen deducir la forma en que funcionaba aquella extraña nave.

En todo caso, tenían un prisionero, sonrió, a la vez que volvía la vista hacia el hombre acorazado, que todavía continuaba colgado de la soga.

* * *



Seguro de que sus compañeros le veían, Curley hizo un gesto con la mano. Ulrika, Dora y Stevens salieron atropellándose de su escondite.

—¿Qué ha sido esa explosión? —preguntó la muchacha.

—Ha explotado la nave, es todo lo que sé.

Dora, curiosa, se acercó al cautivo, dio la vuelta a su alrededor y luego golpeó el pectoral de la coraza con los nudillos. El resultado fue una nota musical, baja y melodiosa.

—Podríamos dejarlo aquí como gong para llamar a la hora de las comidas —dijo divertida.

—Yo propongo otra idea mejor —terció Stevens—. Podríamos asarlo dentro de su coraza. Tiene que resultar sabrosísimo.

—¡Caníbal! —le apostrofó Ulrika.

Curley se echó a reír.

—Bueno, dejémonos de bromas —dijo—. Lo cierto es que tenemos un prisionero y que, hasta cierto punto, hemos vengado las muertes de Tom y Annie Slide. Ahora deberíamos estudiar el modo de sacar al sujeto del interior de su armadura.

—¿Y si tiene un arma en el interior? —sugirió Ulrika, aprensiva.

—Yo tengo un rifle, no le preocupes.

Dora continuaba dando vueltas en torno al prisionero. De cuando en cuando, volvía a golpear el metal de la coraza.

—Hay una buena parte de oro —dijo, muy intrigada—, pero necesitaría hacer un análisis a fondo, para conocer la composición exacta de esta aleación. Salta a la vista que es un metal muy liviano, pero también de una dureza extrema. Y, por supuesto, no frágil.

—Después de hacer fuego contra el cañón, le disparé al cuerpo varias veces, pero la coraza rechazó todos los proyectiles. Me refiero al otro, naturalmente —dijo Curley.

Una vez más, Dora golpeó el metal.

—Bueno, tenemos a éste, aunque, me imagino, vamos a toparnos con la dificultad de la diferencia de idiomas. El interrogatorio no resultará fácil precisamente.

Ulrika se había arrodillado y contemplaba de abajo arriba la máscara transparente del casco del prisionero De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Parece un ser normal, como nosotros!

—¡Claro que soy normal! —tronó repentinamente el prisionero—. ¿O es que creéis que tengo seis brazos y tentáculos en lugar de cabellos?

* * *

Los cuatro terrestres se quedaron estupefactos al oír aquella inesperada sarta de coléricas palabras. Curley y Ulrika cambiaron una mirada. Dora, por su parte, dio un salto atrás instintivamente.

—Habla como nosotros —dijo Stevens, no menos pasmado que sus compañeros.

—Os ordeno que me soltéis. Es lo mejor que podéis hacer, o tomaremos con Vosotros graves represalias —dijo el extraño.

—Calma, no tan de prisa —contesto Curley—. Antes de seguir adelante, queremos hacerte algunas preguntas.

—Vosotros no tenéis derecho a darme la menor orden. No quiero contestar. ¡Soltadme, os lo mando!

Curley se quedó estupefacto ante el orgullo que rezumaban aquellas frases. Pero antes de que pudiera decir una palabra, intervino Stevens.

—Socio, deja que yo me encargue de este pajarraco —pidió—. No le hagas más preguntas; no le dirijas la palabra siquiera. Yo me ocuparé de que antes de cinco minutos esté cantando como una «prima donna».

Stevens se alejó. Dora dio un paso hacia adelante.

—¿Eres de la Tierra? —preguntó.

Desdeñosamente, el prisionero cruzó sus brazos.

—No hablaré mientras no me hayáis soltado y os mostréis dispuestos a rendirme acatamiento —dijo altivamente.

—Vaya, tiene ínfulas de señor feudal —se pasmó la muchacha.

—Soy un ser superior a todos vosotros...

—¿Dónde he oído yo esa cantinela? —dijo Curley sarcásticamente.

— ¡Un racista del espacio! —resopló la doctora Anders.

—Al menos —intervino el joven de nuevo—, ¿no puedes decirnos de dónde procedes y cuál es tu nombre?

—Atado no hablaré —insistió el prisionero.

—Y si te soltamos, ¿tendremos que arrodillarnos ante ti? —preguntó Ulrika burlonamente.

—¿Por qué no? ¿Acaso no os dais cuenta de que hablo perfectamente vuestro idioma?

—Habrá seguido un curso rápido de aprendizaje de idiomas durante el sueño —dijo Dora burlonamente.

De pronto, en silencio, Ulrika se acercó al prisionero. Examinó su casco durante unos momentos, con toda atención, y luego retrocedió unos pasos. Stevens llegaba en aquellos momentos con algo en las manos.

—Eh, forastero, mira, ¿sabes lo que es esto? —exclamó.

—Parecen vegetales... —dudó el prisionero.

—Exactamente, son vegetales, pero secos. Nosotros le llamamos leña. En el invierno, calienta y da luz, y sirve también para calentar comida. Arden, ¿sabes?

El prisionero soltó una burlona carcajada.

—Esta armadura me ha protegido en planetas cuya temperatura media era varias veces superior a la del vuestro —dijo.

—Unos doscientos grados, ¿eh? Pero las llamas que consumirán esta leña, y más que traeremos, alcanzarán una temperatura muy superior y, además, podemos mantener la hoguera horas y horas. Acabarás asadito como un lechón, te lo aseguro.

El extraño pareció vacilar.

—No os atreveréis a hacer una cosa semejante...

Impasible, Stevens colocó el brazado de ramas debajo del prisionero.

—Lo que sobra es leña seca por estos parajes —dijo. Retrocedió un paso y hurgó en sus bolsillos, para sacar los fósforos—. Ya verás si piensas lo mismo cuando se le empiecen a freír los sesos.

En aquel momento, Ulrika, de la que ninguno se había dado cuenta de su ausencia momentánea, llego a la carrera con un objeto en la mano derecha.

—¡Quieto, Curly, no enciendas el fuego! —exclamó.

—He ahí una hembra sensata —se burló el prisionero.

Ulrika no hizo el menor comentario. Acercándose al cautivo, aplicó el chorro del pulverizador al costado izquierdo de su casco, a la vez que se tapaba la nariz con un paño. Dora comprendió en el acto las intenciones de su ayudante e hizo señas a los otros de que se separasen unos cuantos pasos.

Cinco minutos después. Ulrika, satisfecha, se retiraba a poca distancia del prisionero, que permanecía ahora completamente inmóvil.

—Los caballeros pueden actuar —dijo—. El hombre del espacio está dormido como un tronco.

CAPITULO VIII

Ll prisionero fue bajado al suelo con gran lentitud. Admirado, Curley preguntó a la muchacha de dónde había sacado el anestésico.

—Había un pequeño botiquín, para casos de cierta urgencia—explicó Ulrika —. Teníamos también un médico v quería estar prevenido para determinadas ocasiones. A veces, la primera cura debe ser realizada sin padecimientos para el lesionado, aunque, eso sí, estábamos dispuestos a su evacuación inmediata.

—Bueno, el tipo será extraterrestre, pero se duerme como nosotros —comentó Stevens burlonamente—. ¿Cómo se te ocurrió la idea de anestesiarle?

—Tiene en el casco unos orificios para filtrado de aire respirable —contestó la joven.

—Tal vez nuestra atmósfera no le resulte saludable —apuntó Dora, preocupada.

El prisionero estaba tendido en el suelo. Curley, arrodillado a su lado, tanteaba la armadura,

De repente, agarró el casco con ambas manos y ejecutó un seco movimiento de torsión hacia la izquierda. Se oyó un leve chasquido y el casco se separó del resto de la armadura.

El rostro de un hombre joven, de piel muy pálida y cabellos castaños, apareció enteramente a la vista. Respiraba con normalidad y la palidez que se advertía en sus facciones parecía más bien propia de su constitución física, que producto de una falta de exposición a la intemperie.

Curley examinó el interior del casco. A través de la visera de vidrio oscuro, se veían las cosas perfectamente, pero el ambiente perdía gran parte de su resplandor.

—Quizá tienen las retinas muy sensibles a la luz solar —opinó.

—Es posible —convino la doctora.

—Ulrika, ¿cuánto tiempo va a permanecer dormido? —preguntó el joven.

—Unos veinte minutos, aproximadamente.

—Muy bien, vamos a ver si podemos quitarle el resto de la armadura.

El prisionero vestía una especie de mono de tela muy suave y de tacto agradable, de color azulado. Curly y Stevens empezaron a tantear las diversas partes de la armadura, a fin de desarmarla por completo.

De repente, cuando Stevens paseaba sus dedos por la cintura, se oyó un fuerte chasquido.

Toda la armadura se abrió de golpe, brazos y piernas incluidos, desde el cuello a la punta de los pies. El prisionero quedó completamente a la vista.

—¡Caramba, qué sistema tan ingenioso! —exclamó Stevens, admirado.

Buscó el lugar donde había hecho presión involuntariamente, situado ligeramente a la derecha del lugar correspondiente a la base del esternón, y apretó de nuevo. La armadura volvió a cubrir por completo el cuerpo del prisionero.

—¡Magnífico! —exclamó—. Ahora ya sabemos cómo disfrazarnos... aunque a mí me sobraría traje —añadió de buen humor.

—Lo mejor será que le saquemos fuera de la armadura. Ulrika, ¿quieres traer una manta? —solicitó Curley.

—Sí, claro.

Momentos después, el prisionero quedaba tendido sobre la manta. Respiraba con regularidad y su pulso, observó Dora, era normal.

Mientras, Curley examinaba el interior del casco que, pese a su ligereza, estaba hecho de un metal cuyo grosor no bajaba de los cuatro o cinco centímetros. Pero varios orificios que advirtió en su interior le hicieron suponer que el casco albergaba en su interior, ciertos mecanismos, de los que no tenía la menor idea.

La hipótesis de que se trataba de un hombre nacido en algún lejano planeta, parecía convertirse en realidad. Curley apreció asimismo, por contraste, la delgadez del meta! que formaba el resto de la armadura, salvo en la parte correspondiente al pecho, que también tenía unos cuatro o cinco centímetros de espesor. Pero, al igual que el casco, en aquel sector debía de haber determinados mecanismos cuyo objeto empezaba a imaginarse.

—Traductor automático, filtro de aire, altavoces, emisora de radio... y quién sabe cuántas cosas más —murmuró, como si hablase consigo mismo.

—Y todo ello, sofisticadamente miniaturizado —añadió Ulrika.

—Indudablemente.

—Pero, en tal caso, ¿qué civilización es la de estos seres? —exclamó la doctora Anders—. Nosotros estamos muy adelantados, pero me parece que, comparados con los extraterrestres somos casi seres del Neolítico.

—No le anda muy lejos, Dora —sonrió Stevens.

De repente, Ulrika lanzó un grito:

—¡Está despertándose!

—Traeré café —dijo Dora.

—Sí, le sentará bien —opinó Curley, a la vez que se arrodillaba junto al extraterrestre.

El prisionero abrió los ojos y miró turbiamente a su alrededor. Trató de mover una mano, pero daba la sensación de haber perdido las fuerzas.

Habló, aunque nadie le entendió. Entonces, al oír unos sonidos indescifrables, Curley cogió el casco y lo sostuvo con ambas manos entre él y el forastero del espacio.

—¿Quién eres? —pregunte—. ¿Me entiendes ahora?

—Yo... soy... Arkhox... Mi jefe es... Erg.Uz. El... me vengará...

—Pero ¿qué estás diciendo? Nadie te ha hecho daño; sólo te dimos un poco de anestesia —protestó Ulrika.

—Soy Arkhox... del planeta Ztorghos... Nos... vengaremos...

Curley frunció el ceño.

La voz del cautivo era cada vez más débil.

—¿Te hace daño nuestra atmósfera? —preguntó.

—No... El tiempo...

—El tiempo es estupendo —refunfuñó Stevens—. Veinticuatro grados a la sombra, brisa moderada, sol con algunas nubes...

—La… dimensión tiempo...

De repente, ocurrió algo horripilante.

El cuerpo de Arkhox pareció volverse transparente. Los espectadores de aquella inusitada escena podían ver con toda claridad los órganos enteros del Cuerpo del extraterrestre: vísceras, huesos... el corazón latiendo con un pulso cada vez más débil... Los pulmones hacían verdaderos esfuerzos para aspirar oxígeno...

El esqueleto se hizo totalmente visible, blanco, resplandeciente. Los otros tejidos orgánicos apenas eran ya perceptibles.

Dora llegaba en aquel momento con una tuza de café. Vio el espectáculo, lanzo un chillido y la laza se rompió contra el suelo.

— i Dios! ¿Qué le pasa a ese pobre chico?

—Se está desintegrando —contestó Curley sombríamente.

Estaba en pie. Ulrika, muy impresionada, se hallaba a su lado. Curley le pasó un brazo por los hombros. Ella volvió la vista a un lado, para no contempla! aquel horrendo espectáculo.

El esqueleto de Arkhox parecía diluirse en la atmósfera. Del resto de su organismo ya no se percibía el menor rastro.

Un minuto después, Arkhox había desaparecido tan completamente como si jamás hubiese existido. Bruscamente, Stevens se lanzó sobre la manta y empezó a golpearla con las palmas de las manos.

—¡Por los cuernos barbudos de Satanás! —juró pintorescamente—. Doy mi palabra de honor de que estoy absolutamente sobrio. No he probado una sola gota de alcohol en todo el día... pero no sé si es que he visto visiones o me he

vuelto loco.

Curley avanzó un paso, agarra a Stevens por un brazo y le obligó a incorporarse.

—No estás loco, ni has bebido ni has visto visiones —dijo calmosamente —.Por alguna razón que desconocemos, Arkhox se ha desintegrado delante de nuestros ojos...

—Quizá se ha disuelto en nuestra propia atmósfera —apuntó la muchacha.

—No —contradijo Dora—. Si fuese como dices, Ulrika, habríamos visto desprendimiento de gases, humo, algo por el estilo... pero Arkhox ha desaparecido de nuestra vista tan completamente como si jamás hubiese existido.

—¿Ha existido, acaso? —dudó Stevens.

Curley señaló con la mano algo que brillaba refulgentemente sobre la verde hierba.

—Ha existido —dijo—. Esa armadura es la mejor prueba de que Arkhox era un ser real y no una ilusión ¿e nuestros sentidos.

Estaban cenando junto a la entrada del túnel, en torno a una mesa bien provista. La armadura, cuya ligereza había sorprendido no poco a todos cuantos se hallaban en aquel lugar, había sido cuidadosamente guardada en el interior.

Todavía era de día. Una elemental precaución les hacía ahorrar el combustible que hacía funcionar el generador del camión, que servía también para proporcionar luz eléctrica. Sólo en determinadas circunstancias lo ponían en marcha. Incluso habían renunciado a los placeres del frigorífico por ahorrar «fuel».

La cena había consistido en una ensalada de vegetales y varias lonchas de la carne ahumada del uro, que se conservaba perfectamente. Consumido el último bocado, Stevens apartó su plato a un lado y apoyó los codos en la mesa.

—Bien —dijo—, el bueno de Arkhox se nos ha marchado al limbo y nosotros estamos como estábamos. ¿Alguien tiene una idea practicable para salir del atolladero en que nos encontrarnos?

—Quizá tengamos que permanecer aquí el resto de nuestros días —apuntó la

doctora Anders.

—Y fundar un poblado —sonrió Ulrika.

—Al cual llamaríamos, naturalmente, Vernon City —dijo Curley.

—Dejémonos de bromas —rezongó Stevens—. El asunto es mucho más serio de lo que nos pensamos. A mí se me ha ocurrido la posibilidad de que pueda haber por ahí afuera naves extraterrestres.

Curley se acarició el mentón.

—Yo también he estado pensando en lo mismo —admitió—. Y creo que deberíamos hacer algo para defendernos de una forma efectiva y satisfactoria al mismo tiempo.

—Si viene una nave de ésas y disparan su cañoncito desde el aire, nos disolveremos como un terrón de azúcar —aseguró Stevens lúgubremente.

—En tal caso, procuraremos pasar inadvertidos... —indicó Ulrika.

—Eso es ya más difícil —dijo el joven—. Si hay más naves, cosa que parece lógica, es de suponer que estén continuamente en contacto ¡as unas con las otras y todas ellas con la nave en la que se encuentra el comandante de esta expedición invasora. Ellos, los de Ztorghos, deben de saber ya a estas horas que una de sus naves ha explotado.

—Pero ¿por qué? Tú no le disparaste a la nave, sino al otro tipo que manejaba el cañón —exclamó Stevens.

—Eso es lo que me intriga, verdaderamente, tanto como la desaparición de Arkhox.

—Mencionó el nombre de su ¡ele, un tal Erg.Uz. También dijo algo del tiempo —intervino la doctora.

—Seguramente, le fastidiaba nuestro clima —rió Stevens.

Curley meneó la cabeza.

—Yo pienso más bien en el otro significado de la palabra tiempo —dijo.

—Dimensión temporal —explicó Ulrika.

—Sí.

—¿Viven esos tipos en otro tiempo distinto al nuestro? —se pasmó Stevens.

—¿Quién sabe? No hemos tenido tiempo de hablar extensamente con Arkhox. Pero si los extraterrestres no fuesen tan belicosos...

—Sí, podríamos intentar entablar contacto con ellos. Sin embargo, parece que son partidarios de «primero dispara y luego haz preguntas» —dijo Stevens con amargo sarcasmo.

Dora se puso en pie repentinamente. — Creo que todos estamos un poco nerviosos y nos conviene relajarnos después del día tan agitado que hemos pasado —manifestó—. Lo mejor será que aplacemos la discusión para mañana. Dicen que la almohada es una buena consejera.

—No es mala idea —aprobó Curley. —Sí, es lo mejor, Curly, ¿quiere^ acompañarme al lío a lavar los platos? —solicitó la doctora Anders. —Claro, con mucho gusto.

Momentos más tarde, Dora y Stevens, éste portador de un cesto en el que llevaba platos y cubiertos sucios, se alejaban en dirección al riachuelo. Cuando llegaron a la orilla. Dora se volvió hacia el ingeniero.

—Curly, todavía no he llegado a saber si estás casado —dijo.

—Soy soltero, doctora.

—Vamos, no uses ceremonias conmigo. —Suspiró profundamente—. Yo estuve casada y, con franqueza, fui bastante feliz. Pero eso no garantiza que el esposo no pueda cometer una estupidez y se mate en un accidente. —Lo siento, Dora. —Bueno, sucedió hace un par de años. Todo llega a olvidarse. Curly.

—Eso sí es cierto —convino Stevens.

—Y la vida debe seguir.

Stevens recorrió con la vista el todavía apetitoso cuerpo de la doctora Anders. Aún le faltaban algunos años para cumplir los cuarenta, estimó, y no era muy guapa de cara, pero poseía un singular atractivo que era difícil de ignorar.

Acercándose a ella, le puso las manos en la cintura.

—Soy un hombre bajito —murmuró.

Dora rió suavemente.

—La estatura no importa, Curly —respondió.

Stevens casi tuvo que empinarse de puntillas para poder besarla. Súbitamente, Dora le abrazó con todas sus fuerzas. Luego se dejó caer sobre la hierba.

Mientras, Curley y la muchacha conversaban apaciblemente en el campamento.

—Encuentro extraño que no te hayas casado, Ulrika —dijo él.

—Iba a casarme muy pronto. Tenía novio y ya nos habíamos prometido.

—¿Estaba también en Camp Vernon?

—No. Vivía en San Francisco. Estaba gestionando su traslado a Camp Vernon, pero la Universidad no le dejaba abandonar su puesto. Habrá muerto, como tantos millones de seres humanos —dijo !a joven tristemente.

Curley alargó una mano a través de la mesa y la puso sobre la de Ulrika.

—Es preciso que empecemos muy seriamente a habituarnos a esta situación y considerarla como definitiva. Cuanto más pronto nos hagamos a la idea de que hemos de vivir en esta época, mejor resultará para todos.

—Sí, tienes razón, pero hemos de pensar también que no estamos absolutamente solos.

—Tú te refieres a los extraterrestres —dijo Curley.

—Sí, Steve.

El joven sonrió ligeramente.

—Se me está ocurriendo una idea... pero no quiero decir nada todavía —manifestó—. Tal vez mañana la haya madurado por completo y pueda someterla a discusión. Por cierto, parece que Dora y Curly se están retrasando.

Ulrika le dirigió una mirada maliciosa.

—Déjalos, Steve —indicó.

Curley comprendió y volvió a sonreír. Tal vez aquellos dos seres tan dispares, pensó, iban a encontrar la felicidad en las circunstancias más difíciles que jamás habían soñado pudieran producirse.

CAPITULO IX

Por la mañana, apenas había salido el sol, Ulrika fue la primera en levantarse. Lo hizo con ánimo de encender fuego, para preparar café, pero, apenas había puesto el pie fuera del camión, vio algo que le hizo lanzar un estridente chillido.

Dora se precipitó fuera del camión a medio vestir. Por su parte, Stevens, que dormía en el túnel, al igual que Curley, salió a lodo correr, armado con su rifle. Vio en el acto la cosa que había motivado el grito de la muchacha y levantó el arma.

—¡Quieto! —aulló—. ¡Bastardo invasor, no des un solo paso o te acribíllale!

El brazo derecho del hombre acorazado se levantó, con la palma de la mano hacia afuera.

—Paz, amigos terrestres —dijo—. Mi ser amigo y querer ayudaros. Yo estar en contra de invasión y luchar con vosotros contra los hombres de Ztorghos. Stevens lanzó un bufido.

—¡ Por todos los diablos y todas sus colas con pincho! ¡Steve, socio, éste no es el momento para jugar a los invasores! —barbotó.

Ulrika se acercó lentamente al joven. —¿Eres tú? —preguntó.

—El mismo, Steve Huggins Curley —rió el supuesto invasor desde el interior del casco—. Os he engañado, ¿verdad? Debéis perdonarme la broma, pero creí que, mejor que las explicaciones, debíais verlo con vuestros propios ojos, Dora agarró la bata que tenía en las manos, se la puso, ató el cinturón y se acercó a Curley.

—Steve, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro, doctora.

—¿En qué idioma nos hablas?

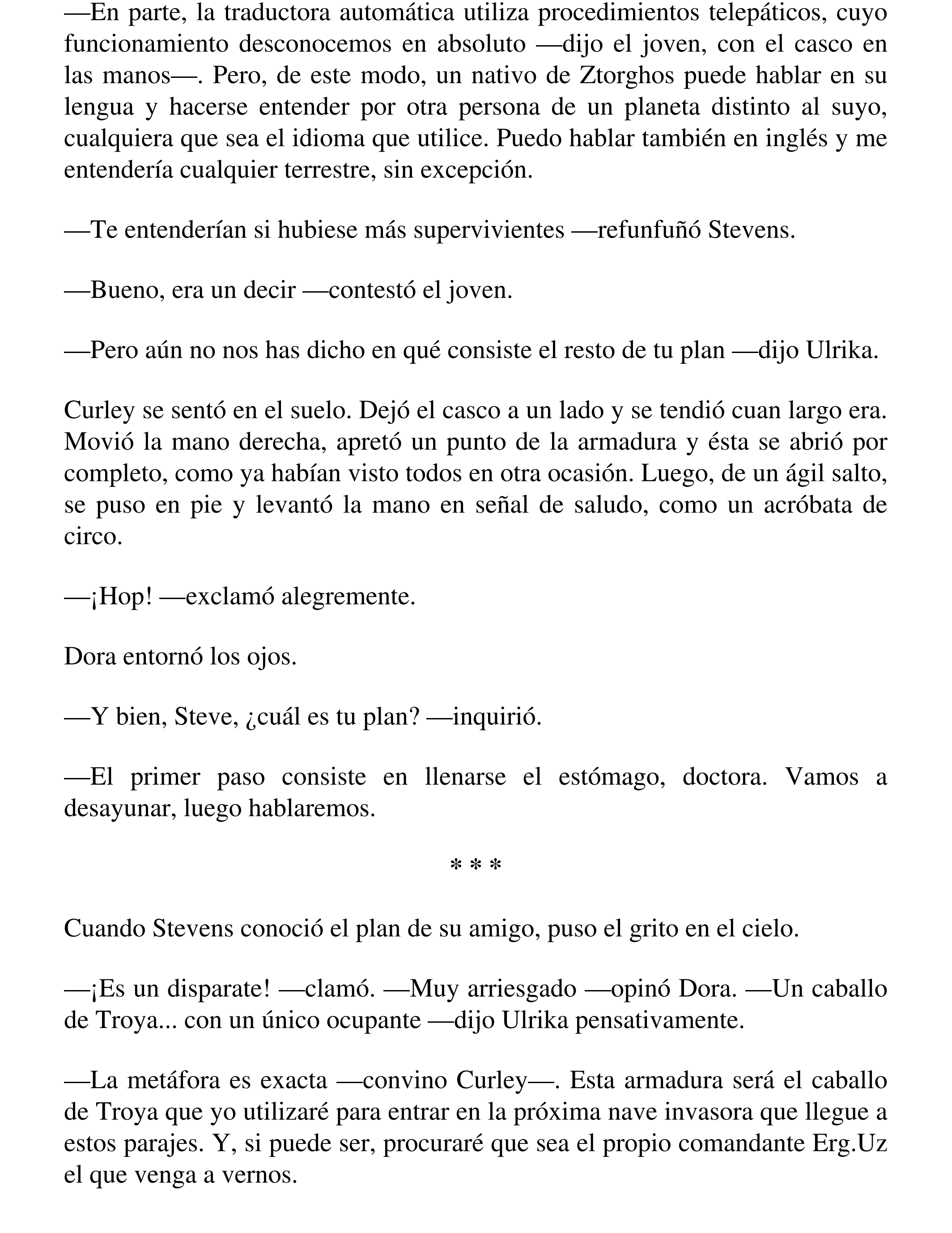
—Árabe, doctora.

Curley elevó las dos manos y se quitó el casco.

—He hablado en árabe para darles mejor una idea de mis propósitos —continuó—. Usted y Curly nacieron en Estados Unidos. Ulrika, aunque vive en ese país desde hace algunos años, y habla perfectamente nuestra lengua,

usa la suya, usaba, perdón, cuando estaba en casa con sus padres. ¿No es así, Ulrika?

—Sí —contestó la muchacha, pasmada—. Hablabas en árabe... pero yo te oía hablar en alemán.



—En parte, la traductora automática utiliza procedimientos telepáticos, cuyo funcionamiento desconocemos en absoluto —dijo el joven, con el casco en las manos—. Pero, de este modo, un nativo de Ztorghos puede hablar en su lengua y hacerse entender por otra persona de un planeta distinto al suyo, cualquiera que sea el idioma que utilice. Puedo hablar también en inglés y me entendería cualquier terrestre, sin excepción.

—Te entenderían si hubiese más supervivientes —refunfuñó Stevens.

—Bueno, era un decir —contestó el joven.

—Pero aún no nos has dicho en qué consiste el resto de tu plan —dijo Ulrika.

Curley se sentó en el suelo. Dejó el casco a un lado y se tendió cuan largo era. Movió la mano derecha, apretó un punto de la armadura y ésta se abrió por completo, como ya habían visto todos en otra ocasión. Luego, de un ágil salto, se puso en pie y levantó la mano en señal de saludo, como un acróbata de circo.

—¡Hop! —exclamó alegremente.

Dora entornó los ojos.

—Y bien, Steve, ¿cuál es tu plan? —inquirió.

—El primer paso consiste en llenarse el estómago, doctora. Vamos a desayunar, luego hablaremos.

* * *

Cuando Stevens conoció el plan de su amigo, puso el grito en el cielo.

—¡Es un disparate! —clamó. —Muy arriesgado —opinó Dora. —Un caballo de Troya... con un único ocupante —dijo Ulrika pensativamente.

—La metáfora es exacta —convino Curley—. Esta armadura será el caballo de Troya que yo utilizaré para entrar en la próxima nave invasora que llegue a estos parajes. Y, si puede ser, procuraré que sea el propio comandante Erg.Uz el que venga a vernos.

—Muy bien —dijo Stevens—. Supongamos que los engañas, vienen aquí, consigues entrar en su nave y... ¿qué harás después?

—Es bien sencillo —respondió Curley—. He probado la armadura a conciencia. Por dentro es lo suficientemente holgada como para contener un revólver y algunos cartuchos de repuesto, Dora se echó a reír.

—Y algún día publicarás un libro con este título: «Yo secuestré una nave del espacio extraterrestre».

—No te burles, Dora —intervino Ulrika con grave atento—. El plan tiene grandes posibilidades de éxito. —Gracias por tu apoyo, Ulrika —sonrió el joven—. Electivamente, es arriesgado, pero contamos con una ventaja inapreciable: los nativos de Ztorghos conocen muy poco, si conocen algo, la idiosincrasia de los terrestres.

—Tampoco tú conoces la suya —objetó Stevens. —Quizá mejor que ellos la nuestra. Hablamos con Arkhox y se mostró altivo, autoritario, dominador... como un hombre de una raza superior. Pero incluso los hombres de razas superiores acaban por sucumbir. No olvidemos lo más importante: son seres humanos, simplemente.

—Eso sí es cierto —convino Dora pensativamente—. Puede resultar, sobre todo, si conocemos el resto de tu plan, Steve.

—Bueno, en parte será modificado sobre la marcha. Es decir, una vez haya conseguido penetrar en la nave. Luego... el revólver puede decir la última palabra.

—Quizá tengas que utilizarlo —se estremeció Ulrika.

Curley se movió hacia la muchacha.

—¿Cuántos miles de millones exterminaron esos asesinos en la mayor matanza de la historia de la humanidad?

—Si piensas sólo en la venganza, puedes fracasar.

—La venganza no es mi objetivo, sino conseguir que abandonen el planeta y nos dejen en paz. Pero, desdichadamente, es muy posible que deba matar. Y si me veo obligado a hacerlo, no lo sentiré demasiado.

Curley encendió un cigarrillo y añadió:

—Cuando hablo así, pienso en Tom y Annie Slide.

—Sí —murmuró Dora—. Dos personas que creían haber vuelto a renacer y desaparecieron en la nada.

—El problema —intervino Stevens—, estriba ahora en saber cómo vas a atraer una nave espacial hasta Camp Vernon.

—Muy sencillo —respondió Curley—. Es seguro que los extraterrestres captaron las emisiones de los Slide y, naturalmente, también las nuestras, ya que localizaron el campamento. Por tanto, a partir de ahora, empezaré a emitir mensajes para atraer su atención.

—Seguramente, saben que la nave se dejó aquí un prisionero —dijo Ulrika.

—Desde luego. Diré que conseguí liberarme y...

—El plan es aceptable, sólo que yo le veo un inconveniente —manifestó la muchacha.

—¿Cuál, por favor?

—En mi opinión, resultaría mucho más creíble si llevases un prisionero.

—¿Un prisionero? —respingó Curley—. ¡Pero ellos los matan!

—El que capturamos ya no tenía armas. Puedes alegar que fuiste más listo que nosotros y te apoderaste de una de nuestras pistolas, por ejemplo. Mataste a dos... y me capturaste a mí.

—¿Tú? —se sobresaltó la doctora.

—Sí —confirmó Ulrika—. Estoy dispuesta a correr ese riesgo. Si no hacemos nada, si nos quedamos quietos, tarde o temprano nos encontrarán y nos matarán. Quiero vivir en paz en la Tierra, aunque seamos tan pocos... y si fracasamos, al menos podremos decir en nuestros últimos momentos que no nos quedamos mano sobre mano, esperando como borregos a que llegase el matarife con su cuchilla.

Stevens alzó un dedo.

—Si se me permite una sugerencia... Puesto que parece que el plan se acepta, permitidme añadir una idea. Steve, además del revólver, llévate un espray anestésico. Puede resultarte útil en un momento crítico.

—En los repuestos médicos que enviaron últimamente había un nuevo tipo de envase, plano, de no más de dos centímetros de grueso —declaró Ulrika—.

Parece que resulta más cómodo para el transporte, aparte de ocupar menos espacio.

—Llevaré un pulverizador de anestésico —afirmó

Curley.

—Muy bien, pero ahora, por favor, contesta a una última pregunta —pidió Stevens—. Supongamos que entras en la nave y que te conducen a la presencia de Erg.Uz. ¿Qué harás entonces?

—Erg.Uz obedecerá mis órdenes o le mataré —contestó el ¡oven resueltamente.

—Hay otra solución mejor —dijo Ulrika.

—¿Sí? —Curley se volvió para mirarla.

—Primero, anestesia. Después, un poco de pentotal. Entonces, aunque no lo haya oído en su vida, será capaz de bailar para ti *El lago de los cisnes.*

Curley se echó a reír.

—Bien mirado, eso es lo mejor que podríamos hacer. Si conseguimos que Erg.Uz nos obedezca, podremos decir que hemos ganado la partida.

* * *

La nave del espacio descendió lentamente de las alturas y se posó con gran suavidad en el claro. Una escotilla se abrió a poco y dos hombres acorazados descendieron por la rampa, sin cañón, apreció Curley con no poco alivio.

Ulrika, con las ropas desgarradas en parte con toda deliberación y las manos atadas a la espalda, estaba a tres pasos del joven. Una cuerda ceñía su cuello y el otro extremo estaba en la mano izquierda de Curley. Sin embargo, las ligaduras que ceñían las muñecas de Ulrika habían sido colocadas de modo que, en el momento adecuado, ella pudiera desatarse sin dificultades.

—Eres Arkhox— dijo uno de los recién llegados.

—Así es —contestó Curley—. Estos nativos consiguieron capturarme, pero, en un momento de descuido, conseguí liberarme. Eran cuatro; maté a dos y ella me pidió la gracia de la vida. He decidido conservarla como prisionera, en espera de lo que decida Erg.Uz.

—Nuestro comandante está muy satisfecho de tu acción —declaró el

extraterrestre—. Yo soy Uddo. Este es mi compañero Ryhnx.

—Celebro conócelos. Supongo que el gran Erg.Uz recibió mis mensajes.

—En efecto —contestó Uddo—. Ven, Arkhox; el comandante desea verte.

—Será un placer.

Curley se volvió un poco y tiró de la cuerda. Ulrika fingió tambalearse.

Un poco más allá, escondidos entre los arbustos, estaban Dora y Stevens. El ingeniero estaba firmemente resuelto a organizar una buena pelea si veía actitudes ofensivas en los recién llegados. Pero, contra lo que esperaba, no hubo el menor gesto de hostilidad.

Curley, envuelto en su armadura, Ulrika y los dos extraterrestres, desaparecieron en el interior de la nave, que elevó el vuelo inmediatamente.

—Suerte, socio —deseó Stevens a media voz.

—Espero que vuelvan sanos y salvos —dijo Dora, a la vez que le oprimía la mano con fuerza.

Mientras, Curley y Ulrika, guiados por los dos soldados, se movían por el interior de la nave, suavemente iluminada, con suelos y paneles de delicadas tonalidades, que causaban un agradable efecto a la vista. Atravesaron un espacioso pasillo y se detuvieron en el centro de una pequeña rotonda. Parte del suelo, un círculo de unos cinco metros de diámetro, se elevó inmediatamente sin la menor sacudida. Curley procuraba mostrarse indiferente, como si conociera a la perfección las interioridades de aquel enorme aparato.

Le extrañó no ver lucernas, que permitieran la visión exterior, aunque supuso las habría en los lugares periféricos de la nave. Ellos estaban en el centro, calculó:

La plataforma se detuvo a los pocos segundos y formó parte del suelo de otra rotonda. Uno de sus guías avanzó cuatro pasos, tocó en uno de los muros y una puerta se deslizó en el acto a un lado.

—Entrad —indicó—. Erg.Uz os aguardaba.

Curley avanzó tranquilamente, sin soltar la cuerda que sujetaba por el cuello a la «prisionera». Al otro lado de la puerta había una espaciosa habitación, con una de sus paredes curvada y casi toda ella transparente. Curley se quedó sin

respiración durante un segundo al darse cuenta de que la Tierra era una bola azul y blanca a varios miles de kilómetros de distancia.

Ni siquiera se habían dado cuenta de que la nave espacial había alzado el vuelo. ¿Qué civilización tan portentosa existía en Ztorghos?, se preguntó, anonadado.

Junto a! enorme ventanal, al lado de una gran mesa que parecía de vidrio y estaba suspendida del techo por unos hilos apenas visibles, había un hombre.

—Yo soy Erg.Uz —se presentó el extraterrestre.

CAPITULO X

Era un hombre alto, de majestuoso aspecto, vestido con una toga de color blanco, adornada con unas rarísimas grecas de gran belleza, rojas, amarillas y azul oscuro. En la mano izquierda., ¡de largos y bien cuidados dedos, se divisaba un anillo, con una piedra de enormes dimensiones. Pendiente de! cuello, tenía una gruesa cadena, de un metal dorado, que sujetaba una especie de placa rectángula!, también dorada, de unos doce centímetros de largo, por seis de ancho y uno de grueso.

Curley creyó conveniente hacer una profunda reverencia.

—Te saludo, comandante —dijo con gravedad—. Soy Arkhox. y ella se llama Ulrika. Pude capturarla, porque consideré que podrías tener Interés en conocer a una mujer nativa de este planeta.

—Hiciste bien, Arkhox. Me siento muy complacido al apreciar que conseguiste escapar a tu cautiverio. ¿Has sufrido algún daño físico?

—Ninguno, señor. Ligeras molestias, sin importancia.

Los ojos de Erg.Uz fueron hacia la «prisionera».

—Es una mujer muy bella —elogió.

—Y de mal genio. Tuve que luchar fuertemente contra ella para poder reducirla.

Erg.Uz sonrió.

—Resultan más atractivas cuanto peor genio tienen —comentó jovialmente —. Bien, Arkhox, si no te importa, voy a enseñarte algo muy interesante.

—Soy tu más obediente servidor, comandante —dijo el joven.

Erg.Uz se separó de aquella mesa y caminó hacia uno de los lados de la estancia, en donde se veía lo que parecía una ventana rectangular, de casi dos metros de largo por uno y medio de alto. Pero la ventana no daba a ninguna parte; desde el cristal a la pared más próxima había un metro de distancia. Además, estaba sostenida del techo por dos hilos apenas perceptibles, lo mismo que la mesa.

La mano de Erg.Uz trazó un pequeño círculo en el aire.

—Arkhox, dijiste que habías matado a dos nativos.

—Así es, comandante.

Bruscamente, la ventana se iluminó. Ulrika tuvo que hacer un vivo esfuerzo para no gritar. ¡Era una pantalla de televisión!

En aquella pantalla se reflejaban claramente las imágenes de Camp Vernon. Dora y Stevens aparecían en el centro del claro, mirando ansiosamente hacia arriba.

Curley empezó a sospechar la verdad. Sonriendo, Erg.Uz se volvió y le miró.

—Tus muertos tienen una salud magnífica —comentó burlonamente.

En aquel instante, Curley adquirió la convicción de que algo había ido mal y, aún peor, las cosas no podrían mejorar.

Erg.Uz hizo otro ademán, esta vez en distinta dirección. La puerta de la estancia se abrió y un hombre penetró a su través.

Ulrika lanzó un grito de asombro:

—¡Arkhox!

Curley se sentía abrumado. Como si le llegase de miles de" kilómetros de distancia, oyó la voz de Erg.Uz que le decía:

—Será mejor que te despojes de la armadura; te conviene, Steve Huggins Curley.

* * *

El joven hizo lo que le decía. Arkhox se acercó por detrás de él y le colgó del cuello un collar análogo al que llevaba su comandante. Hizo lo mismo con Ulrika y luego se volvió hacia Erg.Uz.

—¿Deseas algo más de mí, señor?

—No, muchas gracias, salvo expresarte mi satisfacción por verte en buenas condiciones físicas. Gracias de nuevo, Arkhox.

El soldado hizo una inclinación de cabeza y se retiró. Erg.Uz se encaró con el joven.

—Steve, sé que llevas un revólver, un arma que se utiliza con frecuencia en la Tierra. Es inútil que trates de utilizarlo; la sustancia que proporciona fuerza a sus proyectiles, se ha descompuesto. Es... pólvora mojada.

—Veo que sabes muchas cosas, Erg.Uz.

El extraterrestre sonrió.

—Más de lo que te imaginas —contestó.

De nuevo se acercó a la pantalla, en la que seguían viéndose Stevens y la doctora Anders. Trazó un gesto con la mano en el aire y las figuras de la pareja se acercaron extraordinariamente.

Ulrika estuvo a punto de gritar de nuevo. Ahora, los rostros de Dora y el ingeniero estaban tan próximos como si se hallasen en aquella habitación.

De pronto, se oyó la voz de la mujer:

—La nave no se ve, Curly.

—Se ha esfumado, en efecto. Pero no te preocupes; volverán.

Las voces sonaban con absoluta nitidez. Sin dejar de sonreír, Erg.Uz hizo un nuevo gesto y la imagen y el sonido se esfumaron en el acto.

—Como podéis figuraros, hemos estado enterados de vuestros planes desde el primer momento. Sí, me imagino que nuestra presencia en el planeta os molesta, pero, lamentablemente, no podemos marcharnos tan pronto como desearíamos.

Comprendiendo que la ficción era inútil, Ulrika se desató las manos.

—Lo sabes todo —dijo.

—En efecto.

—Y vas a matarnos, como a los Slide. —Estás equivocada, mujer. No nos gusta matar a las personas, como a vosotros. Tú, Steve, has destruido una de nuestras naves.

—Yo no disparé contra la nave, sino contra ese extraño cañón desintegrador...

—El compañero de Arkhox cometió un grave error. Debió haberlo abandonado en el suelo. Al volverlo a la nave, se produjo una súbita distorsión de su campo de energía y el aparato explotó a los pocos momentos. Su explosión, por simpatía, causó la de los motores de la nave.

—Entiendo, pero la culpa no fue nuestra. Nosotros estamos en nuestro planeta, no hemos ido a otro para matar a la gente o, simplemente, expulsarla

de sus casas, como habéis hecho vosotros.

—En la Tierra había diez mil millones de personas —exclamó Ulrika acaloradamente—. Ahora no queda nadie...

Erg.Uz sonreía.

—Estás equivocada, pero aún no es el momento de sacarte de tu error. —Se volvió hacia el joven—. Necesitamos permanecer en vuestro planeta todavía algunos meses —manifestó.

—Y nosotros os estorbamos.

—Bien, digamos que vuestra presencia nos resulta inconveniente. No sois los únicos, digamos, supervivientes; naturalmente, quedaron muchísimos después del paso de la nube roja. Pero ya los iremos localizando. Tenemos tiempo de sobra.

—Bien, supongamos que localizáis a todos los supervivientes. ¿Qué haréis después con ellos?

—Lo mismo que hicimos con el matrimonio Slide. —Es decir, matarlos. —Repito que os equivocáis, pero...

Curley alzó la mano.

—Perdona que te interrumpa —exclamó—. Si no he entendido mal, ayer escuchasteis todo lo que hablamos con respecto a nuestro plan de... digamos asalto a esta nave.

—Así es, en efecto.

—Una civilización tan adelantada como la vuestra, ¿no dispone de elementos para grabar una escena determinada, por si se necesita repetirla en otro momento?

—Pues, sí, claro, ¿adónde quieres ir a parar? —preguntó Erg.Uz visiblemente desconcertado.

—Si no tienes inconveniente, nos gustaría presenciar la grabación de la conversación que sostuvimos, a partir del momento en que me puse la armadura de Arkhox.

—Si ese es tu deseo...

Erg.Uz se volvió hacia la gran pantalla y movió una mano, ahora la izquierda.

Curley observó que trazaba círculos en sentido inverso al de las agujas del reloj.

De pronto, se vio a sí mismo, con la armadura. A los pocos momentos, apareció la escena de la discusión en torno a la mesa, tras el desayuno. Las imágenes y el ¿unido resultaban absolutamente fidedignos.

La proyección duró hasta el momento en que declaró Ulrika sus intenciones de acompañar al joven al asalto de la nave. Erg.Uz se volvió hacia los terrestres.

—Eso es todo —declaró.

—¿Todo? —insistió Curley.

—Teníamos más que suficiente, ¿no te parece?

—Oh, sí, sí, claro...

De repente se vio destellar en la pantalla una serie de círculos de distintos colores. Empezaban en el centro V se ensanchaban rápidamente, hasta desaparecer en los bordes. Sin embargo, fue un fenómeno que duró escasamente cinco segundos. Los círculos fueron sustituidos por el rostro de un hombre de la edad aproximada de Erg.Uz.

—Disculpa la interrupción, comandante —manifestó el individuo—. Hemos localizado un pequeño grupo de supervivientes de la Tierra.

—¿Tienes las coordenadas, Buddo?

—Sí, señor.

—Entonces, gobierna en el rumbo adecuado y disponte a proceder en la forma acostumbrada.

—Bien, comandante.

La imagen del sujeto desapareció de la pantalla. Erg.Uz se volvió sonriendo hacia la pareja.

—Por ahora, sois mis huéspedes —declaró—. Me interesa que presenciéis desde la nave nuestra manera de actuar.

—Y más tarde, tomarás una decisión con respecto a nosotros —adivinó Curley.

—Exactamente.

Erg.Uz se volvió hacia la pantalla. El rostro de otro hombre apareció de inmediato.

—Ullig, encárgate de nuestros huéspedes. Acomódalos en una habitación hasta nueva orden.

—Sí, comandante.

La habitación era espaciosa y, si no había un lujo excesivo, sí resultaba confortable. En uno de sus lados había un enorme ventanal, que permitía la contemplación del paisaje sin dificultades.

Había una mesa bien provista, con alimentos extraños, pero de excelente sabor. También había un gran cuenco, repleto de las frutas más variadas.

Curley estaba sentado a la mesa, comiendo sin el menor escrúpulo. Ulrika, por contra, se hallaba junto a la lucerna, contemplando el fantástico espectáculo que era la Tierra deslizándose bajo la nave, a una Velocidad de miles de kilómetros por hora, sin que se notase la menor vibración, ni tampoco ningún efecto pernicioso de aceleración o disminución de la velocidad. De repente, muy nerviosa, se volvió hacia el joven.

—No sé cómo eres capaz de comer, mientras ese sanguinario individuo aguarda el momento para ejecutar su sentencia de muerte contra nosotros —exclamó, furiosa.

—Con la tripa llena, se discurre mejor —contestó Curley sin inmutarse—. Y tú debieras hacer también lo mismo, créeme.

—No tengo apetito...

—Come, aunque sea sin ganas. ¿Sabes?, la conversación con Erg.Uz ha resultado sumamente instructiva, aunque todavía quedan algunos puntos por aclarar.

—Aún tenemos el anestésico y el pentotal...

—¡Baja la voz, tonta! —exclamó él con aspereza—. Si nos oyen, estamos perdidos.

Ulrika se quedó parada. Separándose del ventanal, corrió hacia la mesa y apoyó en ella las dos manos.

—Creo que te comprendo —bisbiseó—. Erg.Uz sabía que traerías un revólver, pero no nos captó con su supertelevisión cuando yo te aconsejaba...

—Sí, exactamente.

—En tal caso, cuando estábamos con él, pudiste...

—Aún no conozco del todo sus intenciones. Todavía no sabemos qué es lo que pretenden al ocupar nuestro planeta y deshacerse de todos sus habitantes. Conviene conocer a fondo las intenciones del adversario, para, de este modo, atacar con todas las probabilidades de éxito.

—Muy razonable. — Ulrika se sentó frente al joven y empezó a picotear de un racimo de uva—. ¿Se te ha ocurrido alguna idea en particular?

—En primer lugar, sospecho, pero quiero que el propio Erg.Uz me lo confirme, que no ha habido matanza de la humanidad, en el sentido estricto de la palabra. Yo pienso que... Pero fíjate en el ejemplo de Arkhox. De repente, estaba inmóvil en el suelo y desapareció de nuestra vista.

—Sí, lo recuerdo, aunque no entiendo qué tiene esto que ver con tus proyectos.

Curley alzó el índice.

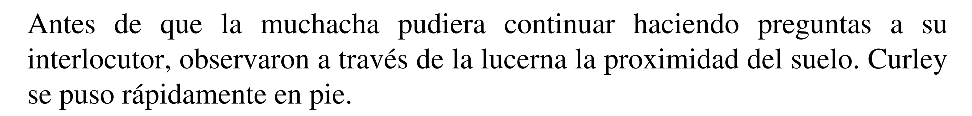
—Tiene que ver, porque Arkhox mencionó el tiempo y no precisamente referido al significado climático de la palabra. Es más, estoy por apostar que a Tom y Annie Slide les sucedió algo por el estilo.

Ulrika se quedó estupefacta.

—¿Quieres decir que ..?

—Sí —contestó él con firmeza—. Tengo la impresión de que los Slide fueron devueltos a su época.

CAPITULO XI



Antes de que la muchacha pudiera continuar haciendo preguntas a su interlocutor, observaron a través de la lucerna la proximidad del suelo. Curley se puso rápidamente en pie.

—Ya han localizado a otros supervivientes —dijo.

Ulrika se levantó también. La nave estaba a punto de posarse en el suelo.

—¡Mira! —exclamó ella—. Son siete... Una familia completa, los padres, los niños...

—Sí, y hasta la suegra —dijo Curley de buen humor, al divisar a una mujer de mediana edad.

—¡No te rías! Los van a matar y nosotros no podemos hacer nada por evitarlo.

—No los van a matar.

—De todos modos, me gustaría avisarles...

— Primero, no podrás hacer nada. Segundo, no conviene que te interfieras en los planes de estos sujetos. Lo que pretenden no es nada bueno, desde luego, pero tengo la impresión de que quieren conseguirlo, sin causar víctimas humanas.

—Yo no lo veo así, pero voy a concederle crédito suficiente hasta la próxima entrevista con Erg.Uz. Si entonces no tomas una decisión, le clavaré la aguja de la inyección de pentotal.

—De acuerdo, lo haremos así, aunque, me imagino, antes le haremos aspirar un poco de gas narcótico.

—Será suficiente un chorro de medio segundo en plena cara. Si se resistiera, agárrale la nariz. Tendrá que respirar por la boca. Échale más gas. Con que esté semiinconsciente durante diez minutos, será suficiente.

—De acuerdo.

En aquel instante, los siete supervivientes veían la rampa que se extendía desde la nave hasta el suelo. Algunos de ellos empezaron a agitar los brazos, a la vez que gritaban alborozados.

Desde su puesto de observación, Curley y Ulrika no podían ver a los artilleros con su extraño cañón, pero sí pudieron apreciar sus efectos. Uno a uno, los miembros de la familia eran hechos desaparecer por aquellas extrañas descargas.

El hombre fue el último en sufrir aquella terrible suerte. Furioso, enloquecido, levantó el puño en un impotente ademán de cólera. Súbitamente, el invisible rayo del cañón lo alcanzó de lleno y, después de unos segundos en que su cuerpo se tornó gradualmente transparente, acabó por desaparecer.

Ulrika lloraba.

Curley le pasó un brazo por los hombros.

—No te aflijas —dijo, con acento persuasivo—. Les ha pasado lo mismo que a Arkhox.

—Están desintegrados...

—No. Por favor, procura mantener la serenidad. Dime, ¿dónde tienes la jeringuilla de inyecciones?

Ulrika aspiró con fuerza. Luego alargó el brazo derecho, cubierto por la manga de su camisa hasta su muñeca.

—Aquí —dijo—. Es de funcionamiento automático. Basta aplicar la punta de la aguja en la piel y el émbolo se dispara solo, por medio de un muelle incorporado. Es una jeringuilla para emergencias; las hay más perfeccionadas en los equipos médicos...

—Eso me basta —Curley sonrió—. No cabe la menor duda de que Erg.Uz y sus hombres pertenecen a una civilización de tecnología tan altamente sofisticada, que no somos capaces siquiera de imaginarnos la mayor parte de las cosas que han inventado. Pero, como humanos, cometen errores.

—Y nosotros vamos a aprovecharnos de esos errores...

—Justamente.

Ulrika hizo un esfuerzo y sonrió.

—Creo que me encuentro un poco mejor —dijo.

Curley le guiñó un ojo.

—Tengo la seguridad de que muy pronto podrás casarte con tu prometido —

manifestó.

—Pero ¡si está a treinta mil años en el futuro! —se asombró la muchacha.

Curley iba a decirle algo, cuando, de pronto, se abrió la puerta. Arkhox apareció en el umbral.

—Seguidme.

—Se dice «por favor» —exclamó Curley.

Arkhox frunció el ceño.

—Tenéis la suerte de que Erg.Uz sea uno de los mejores comandantes que he conocido jamás —dijo agriamente—. Si de mí hubiera dependido, no estaríais vivos ahora.

—A ti te escuece la trampa que te preparamos —rió el joven insultantemente.

—Y la nave que explotó...

—Por la imprudencia de tu compañero, que metió dentro un cañón averiado. Pero, en fin, eso no es cuenta nuestra. Han muerto muchos más de los terrestres y ninguno de ellos os había causado el menor daño.

Ulrika dio un paso hacia adelante.

—Será mejor que dejemos a un lado una discusión que no tiene ningún objeto —cortó con vehemencia—. ¿Adónde debemos seguirte, Arkhox?

—Erg.Uz desea veros —respondió el interpelado.

* * *

Erg.Uz estaba en la misma cámara, junto a la mesa de grueso vidrio, sostenida por cables apenas visibles.

—Supongo que habéis visto lo sucedido con siete terrestres —dijo.

—Sí. —Curley se acercó a la mesa y la golpeó rápida y secamente con un dedo. El vidrio, grueso de más de cuatro centímetros, emitió un prolongado tañido musical—. Un buen cristal —comentó.

—No es cristal estrictamente, sino carbono puro —declaró Erg.Uz orgullosamente.

Ulrika se quedó sin aliento. La mesa medía más de dos metros de largo por uno y medio de ancho, aproximadamente.

—¡Diantre! —exclamó.

—Así es —confirmó Erg.Uz—. Pero creo que estábamos hablando de otro tema.

—Aún no habíamos empezado siquiera —sonrió Curley.

—Os han tratado bien, supongo.

—No tenemos ninguna queja. La hospitalidad ha sido principesca. Vuestra cocina es exquisita, pero le falta algo: un buen vino.

—Lo siento, no bebemos líquidos alcohólicos. Bien, ¿qué os parece lo que ha sucedido con esos siete terrestres? —preguntó Erg.Uz.

—¡Fantástico! —contestó Ulrika.

— Habéis empleado un cañón desintegrador.

—No exactamente. Nosotros le damos otro nombre.

—¿Si? —dijo el joven.

—Un cañón generador de campos temporales.

Curley sonrió. Sus sospechas adquirían visos de certidumbre.

—Apostaría algo a que esa familia ha sido devuelta al tiempo en que se encontraba antes de la nube roja —manifestó.

—Me maravilla tu clarividencia —dijo Erg.Uz, admirado—. ¿Cómo lo has adivinado?

—Siempre fui un chico muy listo —contestó Curley con fingida modestia.

Erg.Uz se puso serio.

.—Demasiado listo —califico—. Pero con nosotros no te servirá...

—Un momento —terció Ulrika— No estamos aquí para pelearnos, sino para hablar como personas bien educadas. Erg.Uz, nos gustaría oír explicaciones tuyas sobre algunos fenómenos que nos resultan incomprensibles,

El hombre se inclinó ligeramente.

—Estoy a vuestra disposición —aseguró, cortés.

—Por ejemplo, la nube roja, apostaría algo bueno, fue cosa vuestra —dijo Curley.

—Sí.

—Nuestros astrónomos la avistaron hace algunos meses. Se dirigía hacia la Tierra y nuestro planeta la atravesó por completo. ¿Qué había en esa nube roja?

—Un campo de energía temporal. Era necesario para nuestros propósitos.

—Un campo de.: —Ulrika se quedó sin aliento—. ¿Es eso posible?

—Habéis tenido ocasión dé sentir sus efectos —sonrió Erg.Uz.

Curley recordó las imágenes contempladas desde el periscopio del submarino.

—Pero no son efectos instantáneos —dijo.

—Nunca pretendimos que lo fuesen. Algunas personas, algunos objetos, incluso ciertos animales, tardaron más o menos en sufrir los efectos de esa nube roja que, repito, no les causó ningún daño.

—Vimos gente inmóvil, como muerta...

—Sólo con el conocimiento perdido momentáneamente. Luego despertaron y volvieron a sus tareas normales.

—Algunos habrán muerto —murmuró Ulrika—. Los que guiaban aviones, vehículos, los que dependían de ciertos aparatos médicos para sobrevivir...

—Puede ser, pero lo dudo —dijo Erg.Uz—. En el momento en que cada persona cayó bajo la influencia de la nube roja, estaba asimismo sujeto a una distorsión temporal, excepto los que escaparon a sus efectos, para los cuales, lógicamente, el tiempo se alteró en otro sentido muy distinto, como vosotros dos. Los que no se hallaban a cubierto permanecieron inconscientes durante contados segundos. A otros, sin embargo, pudo parecerles un tiempo mucho más largo, pero era porque ya se hallaban en otra dimensión temporal.

—Es decir, para nosotros, era un tiempo que se desarrollaba con mucha más lentitud de !o normal.

—Sí.

—La nube roja dejaba rastros líquidos...

—Casi diría que se trata de una ilusión óptica, pero, naturalmente, esa sustancia tiene ciertos componentes que reaccionan al contacto con la atmósfera terrestre. Sin embargo, no causó daños a los organismos vivientes, tanto de seres humanos, como de los animales o de las plantas.

—En resumen —dijo Curley—, lo que pretendíais con la nube roja era hacer que el tiempo retrocediese en la Tierra.

—Yo diría, de una forma mucho más adecuada, que deseábamos llegar a una época situada treinta mil años antes de la vuestra —contestó el sujeto.

—Entonces, lo que esa nube procuraba ora una regresión temporal del planeta. Al mismo tiempo, al ser aspirada de un modo u otro por los seres vivos, les permitía permanecer en su propia época.

—Una teoría completamente ajustada a la realidad.

—Y los que no habían sufrido sus efectos volvieron al pasado.

—Exacto.

—Muy bien —dijo el joven—. Ahora estamos a treinta mil años de nuestra época. Pero hay cosas que no se hacen sin esperar un beneficio. Digamos que trabajáis para ganar... ¿qué?

—Materias primas —respondió Erg.Uz.

* * *

Hubo una pausa de profundo silencio. Curley miraba fijamente a su interlocutor. Erg.Uz sonreía, satisfecho de la impresión causada por sus palabras.

—Materias fijas —repitió el joven pasados unos instantes.

—Sí.

—¿Para qué? —preguntó Ulrika.

—Se necesitan en Ztorghos.

—Muy grande debe de ser la necesidad...

—Estamos a punto de agotar nuestros recursos —declaró Erg.Uz.

—¿Cuáles son las materias primas de que tenéis más déficit? —quiso saber Curley.

Cloruro sódico. Vuestro planeta está cubierto, en sus tres cuartas partes, por los océanos. Hay billones y billones de toneladas de esa sustancia química. Nosotros la necesitamos ya imprescindiblemente para sobrevivir.

—En el mar hay sal de sobra —dijo Ulrika.

—Un momento —exclamó Curley—. Que se lleven cien toneladas o mil de sal, no importará demasiado. Pero ¿cuánta es la que necesitáis?

—Estamos planificando un sistema de transporte instantáneo, que nos permitirá llevar a Ztorghos toda la sal que necesitemos, en contados segundos. Naturalmente, tendremos que instalar en la Tierra gigantescas factorías de desalación de las aguas del mar, una obra que costará años enteros antes de que se ponga en funcionamiento. Pero entonces, podremos tratar cientos de miles de toneladas de agua de mar al día.

Curley entornó los ojos.

—¿Un millón de toneladas y por factoría? —sugirió.

—Sí, fácilmente.

—Eso representa diecinueve mil toneladas de sal, aproximadamente. Y, ¿cuánto tiempo durará esa operación?

—Años, todo el tiempo que nos haga falta. Tal vez hagamos funcionar las plantas desalinizadoras durante un siglo o más.

—Un siglo... Treinta y seis billones de toneladas de agua de mar por planta, lo que viene a representar...

—Oh, vamos, Steve, ¿por qué te preocupas? —preguntó Ulrika—. Hay billones de toneladas de sal en los océanos.

—Pero una disminución de la proporción, aunque no fuese más que del cinco por ciento, podría causar catástrofes indescriptibles y modificar la ecología del planeta en los trescientos próximos siglos, de tal modo, que la vida llegaría a ser imposible —exclamó el joven apasionadamente—. No dudo, de que ellos necesiten la sal, pero, para nosotros, es tan indispensable como el oxígeno de la atmósfera. Un océano pobre en cloruro sódico, causaría la

extinción de infinidad de especies de peces... las costas sufrirían también el influjo de esa falta de salinidad, se producirían gravísimas modificaciones climáticas... Ulrika, la sal no es como el oxígeno que nosotros consumimos y las plantas reponen durante la noche. Desde el nacimiento del planeta, hay una determinada cantidad de sustancias minerales y las que se agotan no pueden reponerse jamás.

Ulrika, muy impresionada, asintió.

—Eso es cierto; ya no queda apenas petróleo, los yacimientos de carbón y hierro son cada día más escasos...

Curley se volvió hacia Erg.Uz.

—Pero aquí, en esta época, hay todavía seres muy primitivos —exclamó.

—Oh, ellos no son obstáculo —contestó el extraterrestre displicentemente—. Son muy pocos y no nos causarán molestia alguna. Los que debemos eliminar, devolviéndolos a su época, por supuesto, son los que vinieron al pasado, como vosotros.

—Nos vais a devolver a un mundo tal vez agonizante —dijo Curley—. ¿Crees que podemos permitirlo?

Erg.Uz se encogió de hombros.

—No veo cómo puedes impedirlo —respondió—. Te aseguro que no sufrirás el menor daño. Sólo tienes que pensar en Arkhox; volvió a nosotros completamente ileso.

—Eso es que la armadura le situaba en otra dimensión temporal —adivinó Ulrika.

—Más bien fuimos nosotros los que le hicimos volver a la nave, mediante el generador de largo alcance. Sólo lo utilizamos en casos muy necesarios —declaró Erg.Uz—. Arkhox es un simple soldado y no está autorizado para dar ciertas explicaciones.

—Sí, ya lo veo. Erg.Uz, ¿quieres hacerme un favor?

—Si está en mis manos...

—Vuélvete un poco. Mira por la ventana. Estoy viendo algo que no me gusta.

Erg.Uz giró un poco el cuerpo. Entonces, Curley disparó su puño derecho con

todas sus fuerzas.

—Hay que ahorrar gas anestésico —dijo con feroz acento de satisfacción.

Ulrika se quedó sorprendida durante un segundo, pero reaccionó vivamente y, tras extraer la jeringuilla de inyecciones, le aplicó la dosis de pentotal. Luego se incorporó y consultó su reloj.

—No sé cuánto le durarán los efectos del puñetazo, pero cuando se despierte estará sometido ya a nuestra voluntad —dijo firmemente.

CAPITULO XII

Erg.Uz abrió los ojos, sacudió un poco la cabeza y luego se sentó en el suelo. Cortés, Curley le ayudó a ponerse en pie.

—¿Qué... me ha sucedido? —preguntó el sujeto con voz torpe.

—Perdiste el sentido, pero ya estás bien, no te preocupes.

Erg.Uz se apoyó en la mesa.

—Me encuentro... extraño...

—¿Hay algún sitio donde pedir un poco de agua?

El extraño señaló una puertecita situada al fondo. Curley la abrió, encontró un lavabo, buscó un vaso y lo llenó de agua. Erg.Uz bebió unos sorbos.

—Gracias, eres muy considerado —dijo.

—No hay de qué —sonrió el joven—. ¿Qué has notado en el agua?

—Nada de particular...

—Es agua de mar.

—No... entiendo... Yo no he notado ningún sabor salado...

—Erg.Uz, temo que habéis hecho el viaje en balde. Los océanos de la Tierra no contienen un solo gramo de cloruro sódico.

—Es... imposible...

—Acabas de comprobarlo por ti mismo. Según tengo entendido, por la conversación que he sostenido con Arkhox, hicisteis aguada sobre una gran extensión líquida.

—Sí, es verdad.

Curley sonrió para sus adentros. El pentotal hacia ver a Erg.Uz cosas que no existían sino en la imaginación del que las decía.

—¿Lo ves? Vosotros mismos os habéis convencido de que no hay sal en nuestros océanos. Mucho me temo que hayas de emprender el viaje de regreso

a Ztorghos con las manos vacías.

—¡Qué horrible contrariedad ! —se lamentó Erg.Uz—. No sé qué diré a mi gobierno...

—Bah, no todas las expediciones pueden tener éxitos. Seguramente, encontraréis otros planetas con sal en abundancia.

—Sí, seguramente.

—Aguarda un momento —pidió Curley. Retrocedió unos cuantos pasos y se acercó a la muchacha—: Ulrika, ¿cuánto le durarán los efectos del pentotal? —consultó en voz baja.

—Le he puesto una dosis máxima. Aparte de ello, sospecho que es muy sensible a esa droga. Quizá le dure veinticuatro horas... pero, cuando se despierte, ¿qué haré?

—No te preocupes.

Curley regresó junto a Erg.Uz, que permanecía inmóvil junto a la mesa.

—Quiero hacerte una pregunta —manifestó—. Cuando devuelves a una persona a su época, ¿la haces volver también al sitio en que se encontraba?

—Sí.

—Muchas gracias. Escúchame bien. Voy a darte órdenes y las cumplirás con toda exactitud.

—Sí.

La voz de Erg.Uz sonaba átona, monocorde. Curley sonrió.

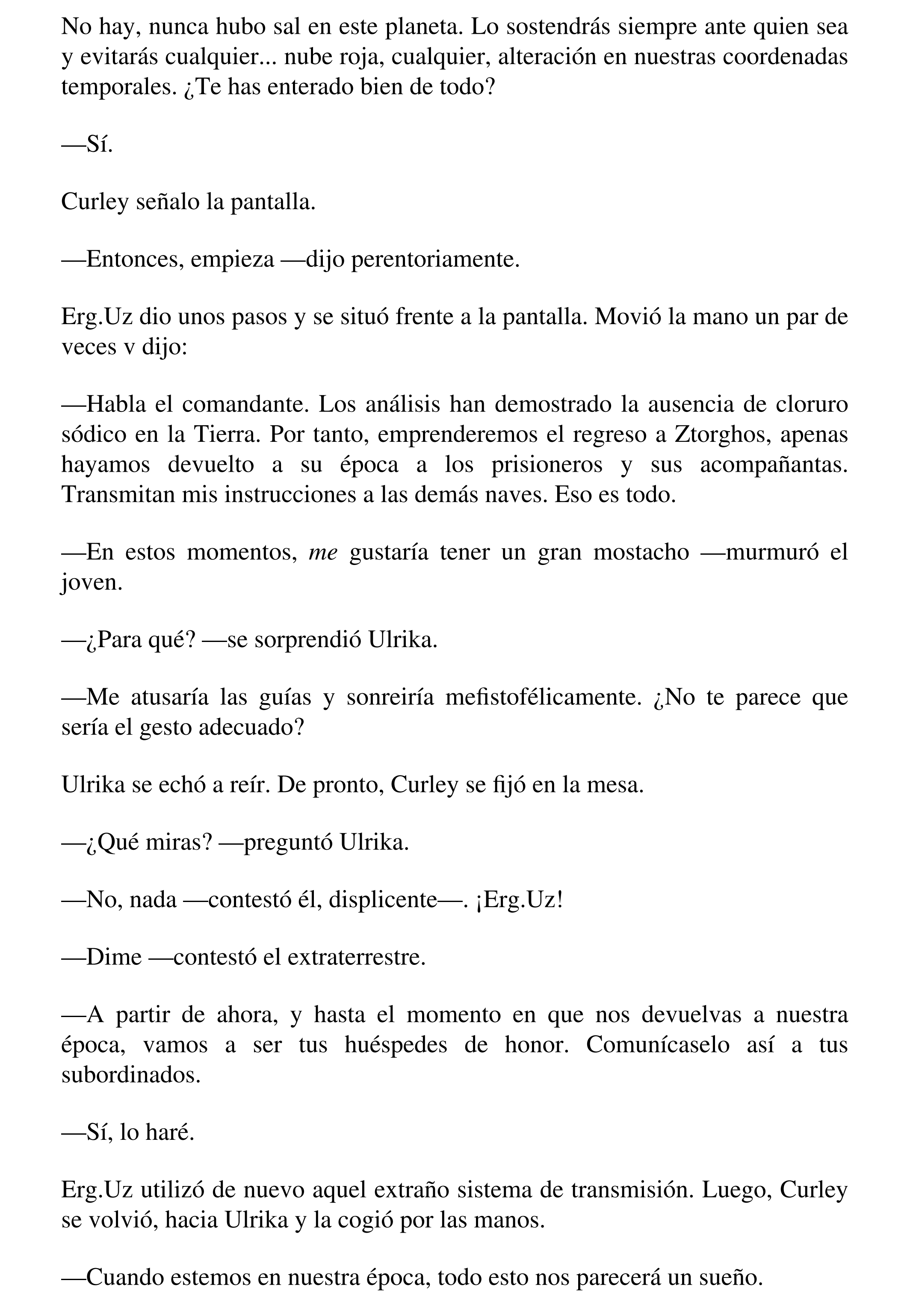
—Primero, vas a devolvernos al sitio en que capturamos a Arkhox. Una vez allí, harás funcionar tu cañón generador de campos temporales y regresaremos a nuestra época.

—Lo haré como dices.

—Segundo. Dirás a todos tus subordinados que volvéis a Ztorghos debido a la total ausencia de cloruro sódico en la Tierra.

—Lo diré.

—Y, tercero y último, esta orden quedará grabada para siempre en tu mente.


No hay, nunca hubo sal en este planeta. Lo sostendrás siempre ante quien sea y evitarás cualquier... nube roja, cualquier, alteración en nuestras coordenadas temporales. ¿Te has enterado bien de todo?

—Sí.

Curley señalo la pantalla.

—Entonces, empieza —dijo perentoriamente.

Erg.Uz dio unos pasos y se situó frente a la pantalla. Movió la mano un par de veces v dijo:

—Habla el comandante. Los análisis han demostrado la ausencia de cloruro sódico en la Tierra. Por tanto, emprenderemos el regreso a Ztorghos, apenas hayamos devuelto a su época a los prisioneros y sus acompañantas. Transmitan mis instrucciones a las demás naves. Eso es todo.

—En estos momentos, *me* gustaría tener un gran mostacho —murmuró el joven.

—¿Para qué? —se sorprendió Ulrika.

—Me atusaría las guías y sonreiría mefistofélicamente. ¿No te parece que sería el gesto adecuado?

Ulrika se echó a reír. De pronto, Curley se fijó en la mesa.

—¿Qué miras? —preguntó Ulrika.

—No, nada —contestó él, displicente—. ¡Erg.Uz!

—Dime —contestó el extraterrestre.

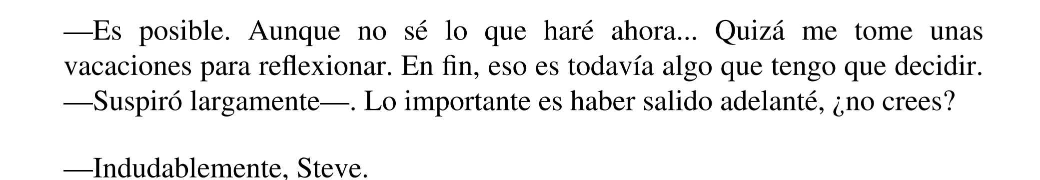
—A partir de ahora, y hasta el momento en que nos devuelvas a nuestra época, vamos a ser tus huéspedes de honor. Comunícaselo así a tus subordinados.

—Sí, lo haré.

Erg.Uz utilizó de nuevo aquel extraño sistema de transmisión. Luego, Curley se volvió, hacia Ulrika y la cogió por las manos.

—Cuando estemos en nuestra época, todo esto nos parecerá un sueño.

—Tú seguirás pilotando el batiscafo —dijo ella.



—Es posible. Aunque no sé lo que haré ahora... Quizá me tome unas vacaciones para reflexionar. En fin, eso es todavía algo que tengo que decidir. —Suspiró largamente—. Lo importante es haber salido adelanté, ¿no crees?

—Indudablemente, Steve.

Curley movió la cabeza hacia Erg.Uz, que permanecía inmóvil en su sitio.

—Porque, a pesar de lo que diga ese pajarraco —añadió—, ¿cuántos desgraciados no han podido soportar el trauma que significaba ser enviado repentinamente a treinta mil años en el pasado? Algunos se habrán encontrado con megaterios o tigres «dientes de sable» o uros furiosos... y podrían estar vivos si esa gente no hubiese planeado una disparatada invasión.

—Tendremos que aprender a olvidar, Steve —dijo la muchacha.

—Sí, es algo que conviene.

* * *

Varias horas más tarde, la nave se apeó en el mismo claro donde un fingido extraterrestre había capturado a una «prisionera». Curley y Ulrika desembarcaron de inmediato.

El campamento aparecía vacío. Curley se puso las manos en torno a la boca y lanzó un potente grito, con todas las fuerzas de sus pulmones:

—¡Socio! ¡Dora! ¡Vamos, salid, no va a pasarnos nuda!

Stevens asomó en parle por unos arbustos.

—¿Que no va a pasarnos nada? —gruñó, con el rifle en las manos—. ¿Y ese cañoncito que están sacando de la nave?

—Es para nosotros. Nos devolverá a nuestra época. Pero ahora no podemos perder demasiado tiempo en explicaciones, Curly.

Dora se irguió.

—¿Es cierto lo que dices, Steve?

—Sí, Dora —era Ulrika la que hablaba ahora—. Confiad en nosotros; os lo ruego. Las explicaciones vendrán más tarde..., pero lo que ahora conviene es regresar a nuestra época cuanto antes.

—Muy bien, si es así... Ellos no iban a engañarnos. Curly —dijo la doctora

Andéis a media voz.

—Yo confío en mi socio —declaró Stevens.

Juntos, avanzaron hacia el claro. Los hombres de Erg.Uz estaban situando ya el cañón en posición.

* * *

Lentamente, el batiscafo afloró a la superficie, a medio cable de distancia del *Henry E. Silverstone.* Los dos tripulantes salieron a la cubierta.

—¿Estamos soñando, Steve? —murmuró Stevens.

En el buque nodriza reinaba una frenética actividad. Aquel espectáculo era absolutamente distinto del que habían contemplado unas semanas antes.

—Socio, estoy pensando una cosa —dijo Stevens—. ¿Recuerdas cuando el barco se convirtió en humo bajo nuestros pies?

—Sí, claro, ¿cómo olvidarlo?

—Por alguna razón que ignoramos, no todos los campos temporales funcionaban simultáneamente. El barco, si la expresión vale, .resistió» más que las mismas personas. Pero ¿dónde estuvieron todo ese tiempo?

—Yo creo que ni se enteraron. Para ellos, esa distorsión temporal debió de durar poquísimos segundos, si no fueron fracciones de segundo. No siempre el tiempo transcurre de igual manera para todos.

—Sí, es probable. El caso es que estamos aquí y... ¡Mira! —exclamó Stevens repentinamente—. Mi reloj señala una hora y una fecha adecuada al tiempo que debíamos haber permanecido en inmersión.

—¿Lo ves? —sonrió Curley—. Para ellos han transcurrido unas horas, las habituales en estos casos. Para nosotros, sin embargo, la aventura duró semanas enteras.

—Asombroso —murmuró el ingeniero—. Por más años que viva, jamás lograré entenderlo.

—Yo tampoco, pero no me romperé la cabeza tratando de adivinar el enigma. Estoy en mi época y eso es lo que cuenta.

—Sí, tienes toda la razón.

Lentamente, el batiscafo navegaba hacia el barco. Los marineros se disponían ya a la maniobra de amarre.

El capitán se situó junto a la borda.

—¡Eh, Curley! ¿Qué ha pasado cuando estaban allá abajo? Durante unos minutos, nos quedamos sin comunicación...

—Falló una conexión, pero la reparamos en seguida, capitán —mintió el joven—. Nada de importancia, créame.

—Haré que los técnicos revisen la instalación.

—Por cierto, capitán. Cuando estábamos allá abajo, oímos algo de una nube roja. ¿Qué pasó?

El comandante de! barco se echó a reír.

—Ah, la famosa nube roja… Duró un minuto escasamente. Fue un espectáculo precioso; eso es todo. Hemos captado emisiones de radio de distintos puntos. Los científicos aseguran que no tiene ninguna importancia. La nube se ha alejado ya varios millones de kilómetros y no dejará secuelas perniciosas en el planeta.

—Eso reconforta —sonrió el joven. De pronto, recordó algo y, arrodillándose en la cubierta, metió la mano en el agua, en forma de cuenco, y tomó un buen buche de agua—. Curly, es perfectamente salada —murmuró.

—¡Uf! —dijo Stevens.

—¡Oiga, Curley! —gritó el capitán—. ¿Desde cuándo le gusta el agua salada?

—Mi abuela decía que un traguito a diario, alargaba la vida en un veinte por ciento —contestó el joven sin inmutarse.

—Moriría muy anciana, claro.

—Todavía vive, capitán.

—¡Qué cosas se aprenden en este mundo! —murmuró el comandante del barco, lleno de perplejidad.

Curley y Stevens treparon por la escala de gato y se encaminaron a sus respectivos camarotes, a fin de cambiarse de ropa. Pero antes de llegar al. suyo, Stevens agarró por un brazo al joven.

—Socio, yo me largo a Camp Vernon —dijo.

Curley sonrió.

—Te deseo mucha suerte —contestó.

—Tú también debieras venir conmigo...

—Ella está a punto de casarse con otro.

Stevens suspiró.

—Es una lástima —dijo, sonriendo de mala gana. Y entró en su camarote, mientras el joven hacía lo propio en el suyo.

Cuando terminaba de asearse, llamaron a la puerta.

Era uno de los marineros del barco.

—Un radio para usted, señor —dijo, a la vez que le entregaba el sobre.

—Gracias.

Curley rasgó el sobre. Dentro había un mensaje harto significativo:

> «ROTO COMPROMISO ANTERIOR. ¿HAY SACERDOTE EN SAN RAIMUNDO? CONTESTA PRONTO. ULRIKA MAILER.»

Un ruidoso alarido se escapó de la garganta del joven. Con el radiograma en la mano, irrumpió en el camarote de su amigo, que ya estaba a punto de salir.

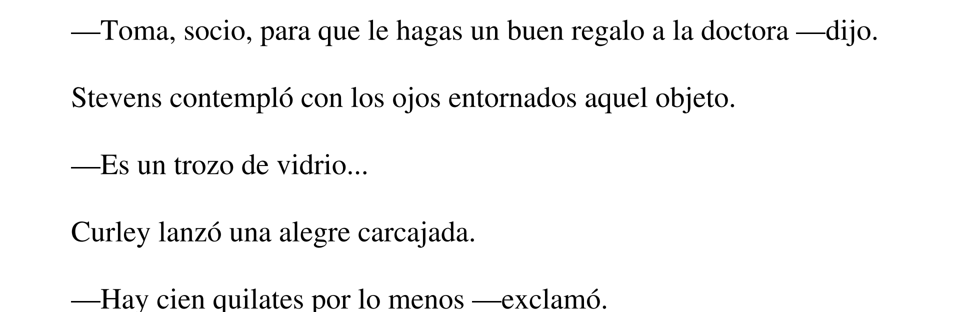
—¡Socio, lee! —gritó exultante de alegría—. Ulrika me llama...

Los ojos de Stevens se pasearon por los renglones escritos. Luego sonrió anchamente.

—Compadre, creo que no debiéramos perder un segundo en ir a buscar a las damas —dijo—. En San Raimundo podemos alquilar un helicóptero; total son unos doscientos kilómetros...

—Eso mismo había pensado yo. ¿Vamos?

De pronto, cuando salían del camarote, Curley sacó del bolsillo algo que brillaba y se lo entregó a su compañero.



—Toma, socio, para que le hagas un buen regalo a la doctora —dijo.

Stevens contempló con los ojos entornados aquel objeto.

—Es un trozo de vidrio...

Curley lanzó una alegre carcajada.

—Hay cien quilates por lo menos —exclamó.

—¡Diantre! —resopló Stevens—. ¿De dónde lo sacaste?

El joven pensó un instante en la mesa de Erg.Uz. Recordó la silla que había empleado para romperla en mil pedazos, algunos de los cuales se había echado al bolsillo, considerándolo como una especie de compensación por las penalidades sufridas.

—Te le contaré por el camino —respondió—. Por cierto, un día me gustaría visitar a los Sude. Podríamos explicarles lo que ocurrió, ¿no te parece?

—Sí, es una buena idea.

Curley sonrió. Ahora, aquella tétrica nube roja, se dijo, tenía un tinte rosado muy agradable. Era el color del futuro que le aguardaba junto a una hermosa muchacha. Seguido de su compañero, caminó con paso firme hacia la borda del buque. A lo lejos, se veía el blanco caserío de San Raimundo. Antes de que se acabase el día, estaría de nuevo junio a Ulrika Mailer.

—Y ahora, para siempre —murmuró.

F 1 N